

ALFAGUARA INFANTIL

Verónica, la niña biónica

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Grech



Pelusa 79

Verónica la niña biónica

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Grech



ALFAGUARA

Pelusa 79

*Toda la inmensa cantidad
de preguntas sin responder
Son nada al lado de la infinidad
de respuestas sin preguntar*

El Túnel del Tiempo



La primera vez que Mauricio vio a Verónica la niña biónica, le pareció la persona más misteriosa y saltarina que jamás había conocido en su vida. Después descubriría que su comportamiento estrafalario se debía a que tenía superpoderes. Es decir, no era una niña común y corriente, sino que una superniña.

Aquel domingo tan insólito se había levantado muy temprano, antes del amanecer, para ir a pescar a la desembocadura del río Porrazo. En realidad no se llamaba río Porrazo, pero todos los del colegio le decían así porque las piedras en el fondo eran sumamente resbalosas, y bastaba un pequeño descuido para darse un costalazo o torcerse el tobillo.

La noche anterior había puesto el despertador entusiasmado, pero ahora tenía tanto sueño que

Pelusa 79

tomaba desayuno con los ojos cerrados y un poco como que se arrepentía de su propio ataque de fanatismo.

¿Al final vas con alguien? —le preguntó su mamá mientras terminaba de ponerle mantequilla a las tostadas.

A Mauricio siempre le había encantado el olor a pan tostado, especialmente en la cocina, al desayuno. También el de la leche caliente con chocolate. Le había dicho a su mamá que él mismo se las iba a arreglar en la mañana, que no se preocupara. Ella se levantó de todas formas; de hecho, fue ella quien apagó el pitido del reloj despertador, mientras él estiraba el brazo buscando a tientas sobre el velador. Le gustaba dormir tapado entero, dejando un mínimo túnel para poder respirar, aunque también, a veces...

—¿Mauricio?

Al escuchar nuevamente la voz maternal regresó al mundo de los despiertos. Su cuerpo funcionaba en cámara lenta, y por suerte, porque mientras divagaba, se había ido agachando hacia la mesa y estaba a punto de meter la nariz en la taza. Con razón sentía cada vez más intenso el olor a chocolate caliente.

Pelusa 79

—¿Estás seguro que todavía tienes ganas de ir?
Si quieres tomamos desayuno juntos y después te
vuelves a acostar.



El levantó la cabeza lo más que pudo y trató de enfocar la imagen de su mamá, parada junto al lavaplatos. Tenía puesta su bata de levantar y el delantal de cocina encima. Los primeros rayos de luz la iluminaban por detrás, desde la ventana, y la hacían

Pelusa 79

verse un poco chascona. Pero era su mamá, y para él era la más linda y buena del mundo.

—Sí, mamá.

Ella sonrió.

—¿Sí qué? ¿Sí, quieres ir a dormir un poco más, o sí, estás decidido a tu aventura de cazador?

—De pescador —la corrigió.

—Bueno, de pescador. ¿Pero acaso un pescador no es un cazador de peces?

Ahora fue Mauricio quien sonrió, al mismo tiempo que tomaba el primer sorbo. Sabía que en realidad no era exactamente lo mismo, pero aún tenía su cerebro muy dormido como para razonar. Además, sabía también que ella sí entendía la diferencia, pero que estaba haciéndole una broma. Las mamás pueden ser muy tiernas, pero sus chistes son los más aburridos del mundo.

Antes de salir revisó por última vez su equipo de pesca. Primero: el tarro grande de café, vacío y sin la etiqueta, por supuesto, que serviría de carrete. Segundo: suficiente hilo y varios anzuelos. Tercero: el tarro chico de café, donde tenía guardadas las carnadas. Le había hecho varios agujeros a la tapa con un clavo, para que los gusanos de sebo pudiesen respirar tranquilos. Cuarto: el balde para echar los pescados. Quinto, sexto y séptimo: zapatillas y calcetines de repuesto por si se mojaba, dos panes de

Pelusa 79

jamón y queso, y la parka «porque a esta hora todavía está helado». Metió en la mochila estos últimos cachivaches, cortesía de ya saben quién, cerró todos los bolsillos y se la puso al hombro.

Efectivamente, al final nadie del curso había querido acompañarlo. Porque era demasiado temprano, porque a esa hora en el río Porrazo soplaba un viento congelante, porque no iban a pescar nada...

«Puras excusas», pensó al emprender el paso. «¿Cómo saben que no van a encontrar peces si ni siquiera prueban suerte?».

La verdad es que Mauricio se llevaba bien con todos sus compañeros, lo pasaba de lo mejor y nunca había tenido una pelea, ni mucho menos. Pero sentía que le faltaba un *mejor amigo*, alguien con quien fuesen inseparables, jugaran siempre juntos, se contaran sus secretos. Alguien a quien no le diera flojera ni frío acompañarlo a pescar un domingo en la madrugada.

El camino más corto para llegar al río Porrazo, desde su casa, era cruzar la Plaza de los Chicos, pasando frente a la iglesia, el colegio, y después tomar el Túnel del tiempo hasta llegar al lago. Por supuesto que el Túnel del tiempo no era un túnel del tiempo de verdad, ni siquiera era túnel, sino que una larga calle con grandes árboles a los lados, uno detrás del otro, formando una fila que parecía interminable. Lo

Pelusa 79

interesante era que las ramas se habían curvado hacia el centro, allá en las alturas, hasta enredarse las de un lado con las del otro, formando así una especie de gruta gigante. Normalmente, las copas se balanceaban con el viento, las ramas crujían y las hojas sonaban, pero algunas pocas veces, cuando el día estaba quieto y no se levantaba ni un poco de tierra del camino, se producía un silencio absoluto y parecía como si el tiempo se hubiese detenido.

Si tuviera su bicicleta buena, no tardaría más de diez minutos, pero no quería ni recordar aquel *accidente* por ahora. En todo caso, era realmente escalofriante caminar en total soledad, con apenas un poco de luz que asomaba por los cerros. Parecía un pueblo de fantasmas, o tal vez uno en que todos los habitantes hubiesen desaparecido misteriosamente. Las cosas se veían quietas, más que de costumbre, los columpios de la Plaza de los Chicos, los letreros, incluso las casas. Todos los objetos parecían estar aguantando la respiración para que no los descubrieran moviéndose, como si estuvieran jugando «Un, dos, tres, momia es». Los pájaros recién comenzaban a cantar y el rocío humedecía el polvo del suelo.

Quizás todas estas señales tan extrañas eran para indicarle que ese día sería distinto a todos los demás, que esa mañana en que él, con toda inocencia, pensaba ir a pescar, conocería a un verdadero

Pelusa 79

superhéroe, y que de todos los superhéroes y superheroínas del mundo, justo conocería a Verónica la niña biónica.

Vaporización repentina



Al llegar a la desembocadura del río Porrazo, fue directo a su árbol favorito. Era uno que sobresalía, por lo alto y por lo frondoso. Sus ramas casi salían del suelo y eran gruesas como si cada una de ellas fuera un árbol por sí sola, parecían tentáculos. Por eso él lo había bautizado como el Pulpo. Para subirse, primero pisó sobre una piedra que tenía musgo seco pegado encima, luego en un cototo del tronco principal y finalmente, de un empujón, subió dando un giro y quedó sentado. Ya se sabía la técnica de memoria, nada tan difícil tampoco. Apoyó su mochila de modo que se quedara fija y así poder sacar sus aperos de pesca con calma. Abrió el tarro con los gusanos de tebo. Le repelía el olor, pero a los peces les fascinaba; y como la idea era que los gusanos fuesen el rico almuerzo de ellos, para que después esos mismos pescados fuesen el delicioso almuerzo de Mauricio y

Pelusa 79

su familia, se lo tomaba con buen ánimo. Estaba ensartando uno de estos insectos en el anzuelo, procurando soplar y mantener la cara lejos para que no le llegase el pestilente aroma, cuando sintió extraños ruidos al otro lado del río. Dejó las cosas a un lado, saltó al suelo y se acercó a la orilla lentamente. En ese momento vio a una niña de piernas flacuchas, con una capa brillante, que daba grandes saltos y luego se detenía a observar con atención la superficie, sin darse cuenta que él la espiaba. A Mauricio le pareció una situación de lo más estrambótica; tanto, que dudó de lo que veía y se mojó los ojos para poder mirar todo con detalle. Entonces, la niña se agachó y hundió su mano en el agua. Hurgueteó un rato y volvió a sacarla vacía; bueno, tal vez más sucia, pero sin nada importante al parecer. Eso claramente no le gustó, porque dio un golpe con su sandalia de madera en el lugar sobre el cual estaba parada, tan fuerte que salpicó y casi pierde el equilibrio. Después miró a su alrededor y corrió hacia otra parte del borde, donde había una pequeña playa de maicillo. De nuevo se agachó a recoger algo, y esta vez sí tuvo éxito: una rana gorda y verde. Abrió la cartera que llevaba colgada del hombro, metió la rana y volvió a cerrarla. La cartera era rosada y brillante, igual que la capa.

Pelusa 79



Mauricio no resistió más la curiosidad y quiso hablar con aquella niña. Caminó hasta el puente colgante que quedaba río arriba. Al cruzarlo echó un vistazo donde estaba antes, pero ella había desaparecido instantáneamente. Sintió una profunda desilusión, porque quería conocer a esta persona tan misteriosa. Se devolvió sin entender cómo la niña había sido capaz de hacerse invisible tan rápido. Subió al Pulpo y se sentó al lado de su mochila y sus gusanos a meditar acerca de la extraordinaria escena que había



presenciado. Las personas convencionales no son capaces de desaparecer, quizás esconderse, pero esta niña realmente se había desvanecido. Entonces, repentinamente y sin aviso, escuchó su voz. Fue tal la sorpresa, que perdió el equilibrio y se fue al suelo con todo, mochila y gusanos. Fue un tremendo porrazo. Con razón le habían puesto ese nombre, precisamente, a ese río.

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Eres de los buenos o de los malos?

Pelusa 79

Mauricio, que seguía de espalda en el pasto, la miró atónito hacia arriba. Tenía el pelo liso y tomado en una cola de caballo, su capa flameaba con la brisa y brillaba con los reflejos del río. Se notaba que había llegado corriendo, o tal vez volando, porque respiraba apurada.

—De los buenos, supongo —por supuesto, él no tenía la más mínima intención de hacer enojar a alguien capaz de desaparecer y reaparecer.

—¡Qué suerte! ¡Yo también! ¡Me parece estupendo! —entonces, ella fijó sus ojos en los gusanos, que se estaban saliendo del tarro.

Mauricio ya había deducido que de todas maneras se trataba de una superheroína, y temió que ella disparara rayos láser con la vista a sus pobres bichos.

—Son sólo gusanos de tebo —dijo, incorporándose despacio—, pensaba usarlos como carnada.

Ella se puso en cuclillas para observarlos más de cerca.



—Me imagino que tu plan es atrapar algún monstruo marino, ¿cierto? —le preguntó la niña.

—Bueno, no sé si monstruos precisamente. Más bien, peces.

La superniña se puso de pie y se quedó pensando un instante. Se acomodó la cartera, miró hacia un lado, luego hacia el otro y final-mente sonrió.

—¡Por supuesto! ¡Qué ingenioso! Los gusanos son la carnada para capturar peces, y los pescados

Pelusa 79

serán la carnada para capturar al monstruo marino. ¡Genial!

—En realidad, esa parte no se me había ocurrido... —

Ella puso cara de extrañada — todavía... pero ahora que lo mencionas es de lo más lógico.

Mauricio quiso cambiar de tema, porque ya no sabía qué contestarle si seguía con el interrogatorio del monstruo marino.

—¿Y tú? Vi que estabas cazando una rana.

—¿Una? Tengo varias. Mira.

Abrió su coqueto bolso rosado y le mostró el contenido: unas seis o siete ranas apiñadas, aplastándose unas a otras, húmedas y viscosas.

—Ya veo —dijo él haciendo una mueca de asco—. ¿Y para qué las vas a usar?

—Son la clave para derrotar al Hombre Almohadón.

Al escuchar semejante frase, a Mauricio le vinieron unas súbitas ganas de emprender la retirada. Disimuladamente, comenzó a guardar sus cosas en la mochila. Para ganar tiempo en caso de tener que escapar, le preguntó:

—¿El Hombre Almohadón? ¿Quién es ese señor?

Pelusa 79

Ella colgó su cartera en una rama más delgada y fue a la orilla a lavarse las manos. Desde allí siguió hablándole.

—No es ningún señor, te lo aseguro. Es un maloso; uno de los peores, para serte sincera.

—¿Un maloso? ¿Qué es eso? ¿Uno de los malos? —Exacto, un malandrín, un malhechor, un rufián, un bellaco...

—Sí, sí, te entiendo —frenándola—. ¿Y cómo es este Hombre Almohadón? ¿Y cómo piensas derrotarlo con esas ranas? —preguntó Mauricio.

Ella se apretó un poco más su cola de caballo.

—Siéntate y te lo explicaré todo.

Mauricio pensó que tenía tiempo de sobra para llegar a almorzar y la verdad es que no necesitaba llevar alimento a su casa, sabía que su mamá iba a preparar tallarines. El sol ya entibiaba la mañana y prefería escuchar esta historia en vez de iniciar la famosa pesca o fugarse. Se sentó apoyado en el tronco del Pulpo.

—Anoche casi no dormí pensando en el plan —al mismo tiempo que iniciaba su relato, caminaba de un lado a otro—. Ya conozco su guarida, pero me costó mucho descubrir su punto débil. Finalmente, al amanecer se me ocurrió. Fue como una descarga eléctrica de inspiración.

Pelusa 79

—Cuéntame más, por favor —le pidió Mauricio, estático.

Ella se detuvo y luego comenzó a avanzar lentamente hacia él a medida que hablaba con voz seria.

—El Hombre Almohadón es grande, pero sabe escabullirse. Es blanco, redondo y blando. Si te logra atrapar, te abraza y no te puedes soltar más. Te aplasta y te asfixia. Pero yo ya averigüé su punto débil.

—¿Cuál es? ¿Cuál es?

—El Hombre Almohadón es vanidoso. Le encanta ser suave y mullido.

—No entiendo, ¿y las ranas para qué son?

A la superniña se le iluminaron los ojos ahora que iba a revelar la clave de su estrategia.

—¡Para el ataque de las verrugas! Mauricio seguía sin comprender y puso cara de pregunta.

—¿No entiendes? Fíjate, es muy simple: si uno se frota una rana en la piel, ¿qué salen? ¡Verrugas! ¿Cierto? —él asintió, mudo—. Entonces lo que vamos a hacer es pillar al Hombre Almohadón desprevenido y tirarle las ranas encima. Así se llenará de verrugas por todas partes y, como es tan pretencioso, se volverá loco y huirá para nunca más volver.

—Perdona, ¿dijiste lo que *vamos* a hacer? Recuerda que yo no soy superhéroe como tú.

Pelusa 79

—Eso no importa en este caso, porque se trata de un trabajo simple. ¿O acaso no quieres contribuir a una buena causa, hacerle un beneficio a la humanidad?

—Por supuesto que sí —se irguió—. Es sólo que... ¿no será muy peligroso?

—No te preocupes, yo te protegeré.

—Está bien. ¿Cuándo piensas llevar a cabo tu plan? —quiso saber Mauricio.

—Mañana.

—¿¡Mañana!?! ¿No será muy pronto? Yo tengo que ir al colegio.

—Nos juntamos aquí mismo después de tus clases. Ahora debo volver a mi madriguera.

—¡Espera! —se aproximó a ella, pero no se atrevió a tocarla—. ¿Cuál es tu nombre?

—Tienes toda la razón, no nos hemos presentado. Hola, yo soy Verónica la niña biónica. ¿Y tú?

—Mauricio.

—Bueno, nos vemos mañana, Mauricio —y se aprestó a correr, o a volar, o lo que fuera.

—¡Espera! —gritó de nuevo.

Ella paró en seco y se dio media vuelta.

—¿Cómo lo hiciste para desaparecer y aparecer de nuevo?

—Ah, me vaporicé.

—¿Vaporizarte?

Pelusa 79

—Sí, es uno de mis súper.

—¿Uno de tus súper?

—Sí, uno de mis superpoderes, la Vaporización repentina.

Mauricio se moría de ganas de hacerle más preguntas, pero se imaginaba que seguramente tendría muchas supercosas que hacer. Nuevamente, ella se aprestó a salir disparada.

—¡Niña biónica!

—Dime.

—Tu cartera —Mauricio la sacó de la rama y se la entregó.

—Ah, gracias, siempre se me olvida en todas partes.

—De nada. Eh, otra cosa... tengo una duda.

—Pregunta con confianza.

—¿Cómo no se te pegan las verrugas a ti? Yo vi que las tomabas con la mano.

—¡Muy bien! Eres muy observador —le mostró las palmas de sus manos—. Mira, tengo una crema protectora, yo misma la fabriqué. La llamo Ungüento antiverruguento. Aquí lo traigo.

En el medio de su cinturón tenía una especie de caja plana y redonda. Presionó un botón y se abrió en forma automática. Por un lado tenía un espejo, y en el otro había una pequeña botella envuelta en papel plateado, parecido al de los chocolates.

Pelusa 79

—¿Quieres untarte un poco? —propuso la niña destapando el frasco.

—No, gracias, mejor guardarlo para mañana, para cuando lo necesitemos.

—En verdad que eres muy despierto, Mauricio.

«No diría lo mismo si me hubiese visto al desayuno», pensó. Luego sintió curiosidad y como ya habían entrado en confianza, se atrevió a preguntar:

—¿Te vas a ir volando?

Ella sonrió.

—Tranquilo, todo a su tiempo. Los superpoderes hay que usarlos únicamente para luchar por la justicia, no se trata de andar haciendo ostentación.

Verónica la niña biónica se fue caminando rápido por el puente colgante. Mauricio volvió corriendo por el Túnel del tiempo, pasó por el colegio, la iglesia y la plaza. Iba emocionado pensando en la increíble misión que les esperaba al día siguiente.

El profesor Godoy era profesor de todo. Se suponía que hacía la clase de matemáticas, pero al final siempre terminaba enseñando un montón de cosas distintas y entretenidas.

—Buenos días, niños —entró a la clase con su típico maletín de cuero, su típica corbata que nunca tenía el nudo bien hecho, sus típicos bototos... pero no traía puesta su típica chaqueta descosida, no. Venía con una diferente, que era de cotelé, café claro y con unos parches en los codos. A Mauricio le pareció que era nueva, pero eso de los parches le resultó sospechoso. El mismo tenía unos parches idénticos en sus pantalones, pero éstos se los había puesto su mamá cuando se le rompieron de tanto jugar fútbol y saltar en bicicleta.

«La bicicleta», pensó y se tapó un ojo con la mano.

—¡Buenos días, profesor Godoy! —dijo todo el curso al mismo tiempo.

—Hoy les voy a enseñar la relación entre el peso y el volumen —al oírlo, todos resoplaron e hicieron ruido de desagrado y aburrimiento—. No, no se equivoquen, la relación entre el peso y el volumen es muy interesante.

Pelusa 79

A Mauricio se le ocurrió que la relación entre el peso y el volumen podía ser que mientras más pesos uno tuviera, se podía comprar un mejor equipo de música y, por supuesto, podía ponerlo a más volumen. Pero sabía que esa no era la respuesta correcta, así que solamente sonrió sentado en su banco y esperó la explicación del profesor Godoy.

—¿Han visto alguna vez esas películas de horror en donde hay un insecto gigante que ataca la ciudad? —al profesor Godoy le fascinaban las películas, especialmente las de terror.

—¡Sííí! —respondió el curso.

—Bueno, ahora les voy a contar por qué los bichos gigantes no pueden existir en la realidad... al menos en el planeta Tierra —dijo y puso cara de misterio.

En ese momento, Mauricio se distrajo y se puso a pensar en la misión para derrotar al Hombre Almohadón. Le parecía muy excéntrica, pero qué sabía él de técnicas de superhéroe, por algo eran ellos los encargados de proteger al mundo de los malos, como había dicho Verónica la niña biónica. Luego se distrajo de nuevo y se puso a mirar para afuera, pero justo sentada junto a la ventana estaba Silviana, así que se distrajo por tercera vez y se quedó mirándola a ella.

Pelusa 79

—Supongamos que este insecto monstruoso es mil veces más grande que uno normal del jardín —dijo el profesor Godoy, pero Mauricio ya estaba divagando acerca de su compañera.

Silviana era la bonita del curso, la que a todos les gustaba. Tenía el pelo largo y liso, y una trenza delgada que le caía sobre la frente y que se la acomodaba detrás de la oreja cuando escribía. Tenía también una agenda gruesa, llena de papeles, recortes, flores secas y quizás cuántas cosas más. A él le habría encantado leer ese diario de vida.

En tanto, el profesor Godoy seguía con su explicación monstruosa:

—Si es mil veces más alto, también será mil veces más ancho y mil veces más largo, es decir, su volumen será —escribió en el pizarrón—:

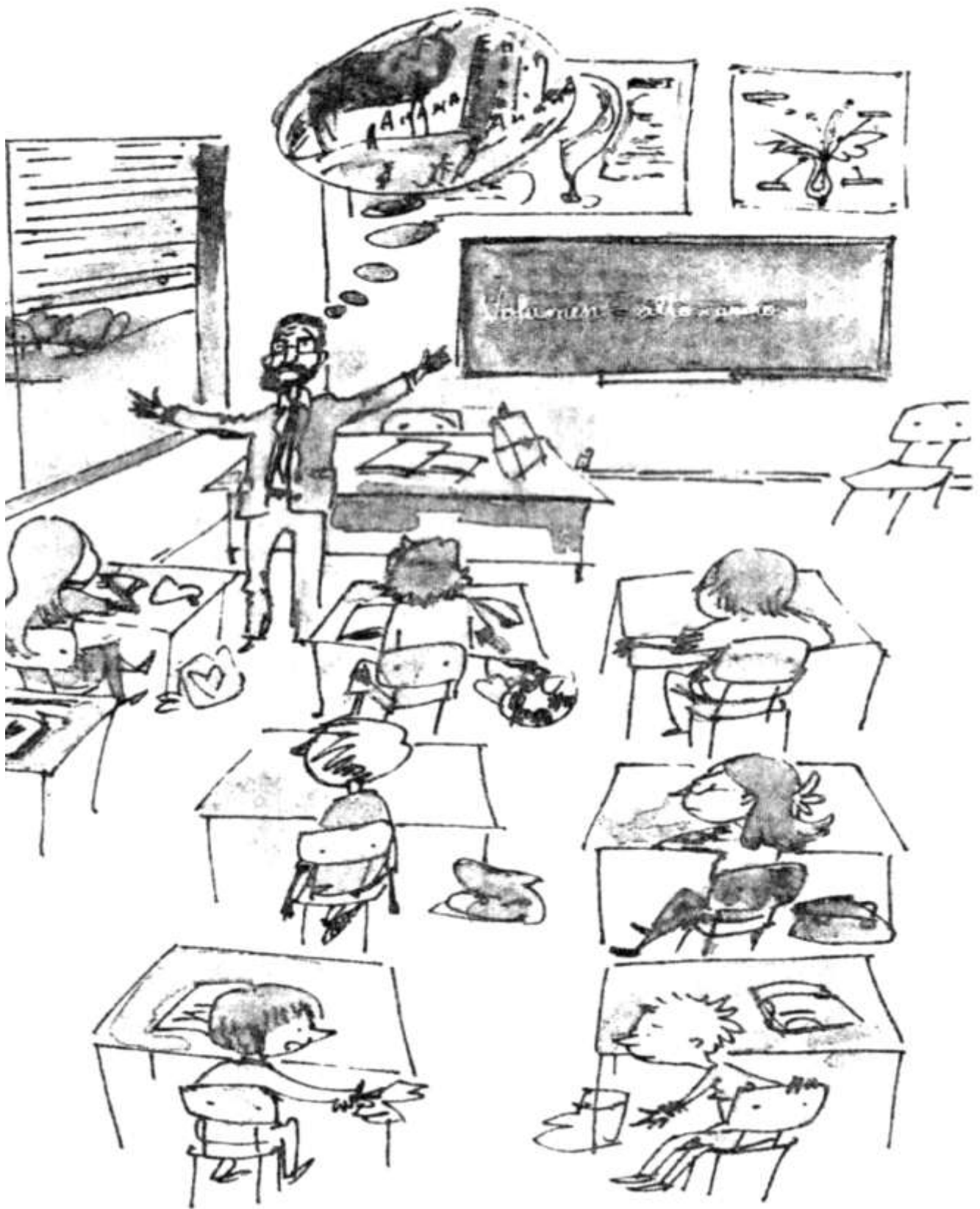
$$\begin{aligned} \text{Volumen} &= \text{alto} \cdot \text{ancho} \cdot \text{largo} = \\ 1.000 &\cdot 1.000 \cdot 1.000 = 1.000.000.000 \end{aligned}$$

¡mil millones de veces más que su volumen original! —luego abrió los brazos como tenazas y se inclinó hacia adelante, simulando ser él mismo aquel aterrador engendro.

Todos quedaron espantados al escuchar un número tan grande y dijeron «¡ohhh!». El profesor

Pelusa 79

Godoy sonreía de entusiasmo al verlos a todos tan intrigados.



Pelusa 79

Silviana era callada, tenía varias amigas y andaban siempre juntas. Era la segunda más alta del curso y usaba una pulsera roja.

—Y si nuestro amigo insecto gigante mantiene su densidad, es decir, *está hecho de lo mismo* que cuando era chico, entonces su peso también será mil millones de veces mayor —a medida que decía esto caminaba como monstruo por entre los bancos.

Silviana seguía con atención la clase. Cuando el profesor Godoy pasó por el puesto de Mauricio, ella se dio cuenta que él la miraba. Mauricio casi se puso histérico al ser sorprendido in fraganti, pero por suerte sus neuronas le obedecieron y se le ocurrió una pregunta para salir del paso.

—Profesor, ¿qué tiene que ver eso con que no pueda existir?

—¡Buena pregunta! Se nota que has estado poniendo atención —lo felicitó el profesor Godoy y luego se quedó en silencio mirando el suelo—. Ahora tenemos que pensar en las patas —algunos se rieron—. Sí, en las patas del bicho —se dirigió al pizarrón—. Si nos imaginamos cuánto calza ahora el monstruo, tenemos que es solamente el ancho por el largo, es decir —anotó—:

$$\text{ancho} \times \text{largo} = 1.000 \times 1.000 = 1.000.000$$

un millón de veces su pisada original.

Pelusa 79

Se dio vuelta rápidamente y quedó de frente mirando a sus alumnos. Les habló como si les estuviera revelando el máximo secreto de la humanidad.

—Entonces tenemos un insecto que es mil millones de veces más pesado que antes, pero que calza sólo un millón de números más de zapato. Si dividimos —volvió a anotar—:

$$1.000.000.000 \div 1.000.000$$

nos da como resultado que las pobres patas del monstruo tendrán que soportar, proporcionalmente, ¡mil veces más peso que antes! Y, por lo tanto, no resistirían y se romperían y el bicho gigante caería desplomado al suelo ¡por su propio peso! Como ven, no habría necesidad de combatirlo, ni de asustarse.

Los niños lo aplaudieron y él hizo una reverencia.

«Es un verdadero genio», pensó Mauricio. «Le voy a contar ese dato tan científico a Verónica la niña biónica. Seguramente le será útil en alguna de sus aventuras».

Al salir a recreo, Silviana no le dijo nada, sólo le dio un vistazo y siguió caminando. Mauricio también prefirió hacerse el desentendido y se fue al patio. El resto del día estuvo tranquilo. Tranquilo para los demás, porque él se sentía ansioso y nervioso pensando en el Hombre Almohadón y el plan del

Pelusa 79

ataque de las verrugas. La superniña no le había pedido que guardara el secreto, pero le pareció más prudente no contarle a nadie, al menos por ahora.



Después del colegio, Mauricio llegó a su casa y su mamá le abrió la puerta. Le dio un beso y le dijo sonriendo:

—Tienes visita.

—¿Quién? —preguntó extrañado.

—Tu nueva amiga. Está en el jardín de atrás jugando con la Josefina.

Dejó su mochila sobre la mesa del comedor y cruzó la casa sin entender qué pasaba, pero sospechando quién podía ser. Y tenía razón. Efectivamente, ahí estaba Verónica la niña biónica maquillando a su hermana menor.

Pelusa 79

—¡Mira, mira lo que me regaló la Vero! —le gritó Josefina mostrando un collar verde que tenía puesto.

Mauricio miró a la superniña con ojos de consternación. Ella lo miró de vuelta.

—¡Hola! ¿Qué tal el colegio?

—Bien, ¿pero qué haces tú aquí?

—Le estoy haciendo una transformación de estilo a la Jose.

—Ya veo... —Mauricio se quedó pensando un momento—. Josefina, ¿puedes dejarnos solos un rato?

—¿Pero por qué? Lo estamos pasando tan bien. ¿Cierto, Vero?

—¡Súper! —respondió ella.

—De acuerdo, ¿pero pueden ser cinco minutos? Después siguen jugando. ¿Te parece?

—Bueno, pero cinco minutos —dijo Josefina y se fue para adentro.

Mauricio se sentó al lado de Verónica la niña biónica y le susurró:

—¿No habíamos quedado en juntarnos en el río?

—Sí, pero pensé que era mejor venir a buscarte.

—¿Y cómo supiste mi dirección? —cuando Mauricio dijo esto se le ocurrió que podía ser gracias a algún poder telepático—. ¿Acaso puedes leer la mente?

Pelusa 79

—Sólo cuando tengo puesto mi Cintillo extrasensorial —metió la mano dentro de su cartera para sacarlo.

—¡No! —gritó y se tapó la frente con las dos manos— ¡No te lo pongas! ¡No me leas mi cerebro, por favor! —Está bien, tranquilízate. Era únicamente para mostrártelo. Además, estoy recién aprendiendo.

—¿Recién? —Mauricio volvió a susurrar—: ¿Los superpoderes no vienen de nacimiento?

Ella guardó el Cintillo extrasensorial en la cartera y la cerró.

—No, claro que no. O sea, sí, uno los tiene, pero hay que ir desarrollándolos.

En ese instante se asomó Josefina.

—¡Ya pasaron los cinco minutos!

Mauricio miró a la superniña y levantó los hombros, sonriendo.

—Muy bien, Josefina, un trato es un trato. Puedes venir aquí con nosotros.

—No, al revés —contestó, se rió y se tapó la boca.

—¿Cómo al revés?

—Que les conviene más venir a ustedes conmigo, porque la mamá nos dejó el té servido en la salita del televisor.

Mauricio se puso de pie y miró a Verónica la niña biónica.

Pelusa 79

—¿Puedes quedarte a tomar té? —preguntó.

—Feliz —respondió. Luego embutió sus cosas dentro de la cartera brillante y se levantó de un salto—. Vamos.

Se instalaron a comer tostadas con mermelada de mora y tomar leche mirando la televisión. Josefina se acostó en el suelo para quedar más cerca y puso un programa de dibujos animados. Mauricio aprovechó para hablar sin que ella escuchara.

—¿Le contaste a, tú ya sabes quién, que tú eres, tú ya sabes qué?

—¿A la Jose que soy biónica?

—¡Shh! —se atolondró y se le cayó el pan dentro de la leche.

La superheroína se rió.

—Eres un poco asustadizo tú.

Él miró cómo el pedazo de tostada se iba hinchando al mojarse.

—Es cierto —sonrió—, pero tienes que tomar en cuenta que yo nunca había conocido a alguien de tu especie.

—Bueno. En todo caso yo no le he dicho nada. Depende de ti si quieres que le contemos.

—Quizás sea mejor esperar.

—¿Tú crees que pueda delatarme? —preguntó la superniña con tono de agente secreta, o investigadora privada, o algo por el estilo.

Pelusa 79

Mauricio se apuró en contestar:

—No, no, para nada. Ella es de los buenos, igual que toda mi familia.

—Qué suerte.

—Sí, qué suerte —miró a su hermana concentrada en la pantalla y pensó: «No sabe de la que se acaba de salvar», y agregó—: Es muy buena persona, te lo aseguro. Nos llevamos muy bien. Es sólo que quizás pudiese *escapársele* sin querer.

—A mí me encantaría tener una hermana o un hermano —dijo y luego le ofreció lo que le quedaba de leche—. Toma, ¿quieres este poco?

—No, gracias, tú lo necesitas para reponer tus superfuerzas, supongo.

—Es verdad. Sabes bastante de superhéroes para ser persona.

—Gracias.

Mauricio notó que Verónica la niña biónica miraba fascinada la televisión, tanto como su hermanita.

—¿Te gusta mucho este programa?

—Me gustan todos —respondió—. En mi madriguera no tengo televisor, por eso estoy aprovechando de ver todo lo que pueda.

Era extraño que entre todas las supermáquinas y equipos cibernéticos que seguramente tenía en una fantástica sala de controles, no hubiese un simple

Pelusa 79

televisor. Especialmente si le gustaba tanto. Por otro lado, no podía estar perdiendo el tiempo cuando debía defender a la humanidad todos los días. Bueno, ¿pero acaso no era exactamente eso lo que estaba haciendo ahora mismo?

—Verónica la niña biónica —le dijo.

—Puedes decirme simplemente Verobiónica si quieres.

—Bueno, Verobiónica, ¿no crees que deberíamos llevar a cabo nuestro, digo, tu plan?

—Sí, claro, pero debemos esperar hasta que oscurezca.

—¡Ah! Entonces quizás podemos pasar a buscar mi bicicleta al taller. ¿Puede ser?

—Por supuesto, así me puedes llevar.

—¿Y no es mejor que viajes por el cielo? ¿O usar tu Vaporización repentina?

—No, prefiero que nos vayamos conversando. Aunque no lo creas, eso de andar volando o teletransportándose todo el día termina aburriendo. La profesión de superhéroe es muy solitaria.

—Jamás se me habría ocurrido.

—Para que veas. Oye, ¿y qué es lo que le pasó a tu bicicleta? —preguntó la superheroína.

Mauricio suspiró.

—Acompáñame y en el camino te cuento.

Pelusa 79

Dejaron a Josefina conectada al televisor, acomodándose su collar nuevo. Luego se despidieron de la mamá y emprendieron rumbo al taller de reparaciones.

E1 Conde de Superundo



—**A**ntes que me expliques lo de tu bicicleta, ¿te puedo hacer una pregunta?

Caminaban uno al lado del otro. La tarde era tranquila y fresca.

—Sí, claro. Espero que sea algo que pueda responder con mis poderes... humanos.

Verónica la niña biónica iba con la vista al frente. Sonrió.

—¿Por qué tu metrópolis se llama Superundo?

—¿Mi metrópolis? ¿Qué significa eso?

—Tu ciudad, tu urbe, tu circunscripción. Aquí donde estamos. Metrópolis es la palabra que usamos los superhéroes para decir ciudad.

—Entiendo, pero Superundo no es una ciudad, es un pueblo.

—Bueno, ¿pero por qué ese nombre tan súper... tan superlativo? Te pregunto porque yo vine aquí porque, con ese nombre, este lugar es claramente un centro mundial de actividades superheroicas. Al

Pelusa 79

principio creí que se llamaba Superhondo, pero al llegar vi que es bastante plano, y no sólo plano, sino que incluso tiene el cerro donde está la fortaleza del Hombre Almohadón.

A Mauricio todo empezaba a cuadrarle en su cabeza. Le había extrañado que una niña superpoderosa visitara un villorrio tan apacible, pero ahora se daba cuenta que las apariencias engañan. Lo que en la superficie parecía sereno y quitado de bulla, era en el fondo un hervidero de fuerzas sobrehumanas, de seres sobrenaturales y paranormales.

—Mi papá una vez me dijo que antes se llamaba Conde de Superundo, pero que, con el tiempo, lo de conde pasó al olvido.

La niña biónica paró y se quedó mirándolo. Se arregló su pañuelo brillante y dijo: —¡Aja! ¿Ves?

—¿Veo qué?

—¡El nombre! Conde de Superundo. Yo sólo conozco un conde... y es un vampiro. ¿O no? —dijo ella.

—¡Es cierto, tienes razón! ¿Cómo no se les había ocurrido antes?

—Los seres humanos a veces son muy descuidados y olvidadizos.

El sol comenzó a ponerse en el lago e hizo que las cosas se vieran un poco más rojas de lo que en verdad eran.

Pelusa 79

—¿Y tú crees que exista un vampiro en Superundo?

Ella cruzó los brazos y sujetó su mentón con la mano para pensar mejor.

—Mira, los vampiros están bastante pasados de moda y venidos a menos últimamente. Pero siempre está la posibilidad... un vampiro con superpoderes... ¡un supervampiro! -abrió su cartera y sacó una libreta en donde Mauricio alcanzó a ver que anotaba:

Supervampiro.

Luego volvió a guardarla—. Bueno, pero sigamos caminando y cuéntame de tu bicicleta accidentada.

—Ah, la bicicleta. Te advierto que me da un poco de vergüenza.

—Dale.

—Bueno. Resulta que a mí me gustan mucho los perros, pero parece que yo no les gusto a ellos —dijo Mauricio.

—¿Te mordió uno?

—No, pero casi. Hay un perro gorila que merodea por el pueblo. Nadie sabe de quién es ni de dónde vino, pero es sumamente bravo y me persigue cada vez que paso en bicicleta.

—¡Perro Gorilón! —dijo la niña y luego se quedó pensando, como siempre, con los brazos

Pelusa 79

cruzados y la mirada en el infinito—. Tal vez a él le gustas mucho, y por eso te quiere comer.

—Tal vez. La cosa es que el otro día me salió persiguiendo más que nunca. Estaba decidido a morderme el muy malo.

—Maloso.

—Maloso, sí, es un verdadero maloso ese perro...

—Gorilón.

—¡Gorilón! ¡Exactamente! Es un gorilón, un abusador —Mauricio respiraba rápido al acordarse del suceso—. Corrió detrás de mí por todo el Túnel del tiempo, ¿sabes lo que es el Túnel del tiempo?

—Sí, ya estoy informada —asintió.

—Bueno, yo iba a toda velocidad, tomé la bajada para el río Porrazo, el Perro Gorilón venía casi mordiéndome los talones y no se cansaba, yo pedaleé a máxima potencia... y ahí fue que ocurrió el accidente.

—¡Cuál, dime!

—Justo cuando llegué al Pulpo me tiré de un salto arriba de la primera rama y quedé colgado, pero la bicicleta siguió derecho y se estrelló y quedó incrustada en la parte de abajo del árbol.

Verónica la niña biónica estaba realmente impactada con el relato.

—Estoy realmente impactada.

Pelusa 79

—Sí, me siento mal por haber abandonado a mi fiel amiga de tantos años.



Pelusa 79

—Hiciste lo que tenías que hacer. No desesperes. Además, ahora la pasamos a buscar a la clínica para bicicletas y seguro que está como nueva.

Y así fue. El señor del taller la había dejado reluciente. No sólo reparó el daño provocado por el accidente con el Perro Gorilón, sino que también la pintó de nuevo.

—Señor, yo no tengo plata para la pintura —le dijo Mauricio.

El hombre sonrió y se apoyó sobre el mesón.

—No te preocupes, eso corre por cuenta de la casa. Es que te veías tan afligido cuando me la trajiste.

Los dos niños, el normal y la biónica, salieron felices.

—¡Muchas gracias! —gritó Mauricio.

—¡Gracias! —dijo la superniña—. ¡Se nota que usted es de los buenos!

El señor del taller se despidió moviendo el brazo. Ellos se subieron juntos arriba de la renovada bicicleta. Cuando llegaron al Pulpo ya casi era de noche.

—Muy bien —susurró Verónica la niña biónica—, ahora debemos revisar todos nuestros útiles.

Treparon hasta el primer tentáculo del Pulpo. La superheroína tenía guardadas allí sus ranas en cautiverio. Dormían plácidamente dentro de una jaula para pájaros. Disponían de un plato hondo con agua para refrescarse y también de un pocillo con restos de moscas. Seguramente, las otras ya se las habían comido mientras esperaban.

—Podría haber traído mi linterna, pero no se me ocurrió —dijo Mauricio.

—No te preocupes, no es necesaria. Debemos llegar hasta la fortaleza sin ser vistos, en forma secreta.

—¿Te acordaste de la crema protectora?

—¿El Ungüento antiverruguento? Sí, aquí lo tengo, yo te echo. Estira tus manos —la superniña destapó el frasco y le embadurnó las palmas con una crema blanca, que parecía cola fría—. Ahora frótatelas un poco y después aletea para que se te sequen.

Mauricio olfateó y le dio toda la impresión que, además de aspecto de cola fría, el Ungüento antiverruguento tenía olor a cola fría. Ella metió las ranas en la cartera, se la colgó al hombro y preguntó:

Pelusa 79

—¿Podemos subir un poco más, para tener una vista panorámica?

—Por supuesto. Mucho más. Recién estamos en el primer nivel, y el Pulpo tiene siete.

Se encaramaron hasta el séptimo piso y desde allí, en medio de la oscuridad, inspeccionaron el cerro Empanada.

—¿Ves algo? —preguntó en voz baja la de los superpoderes.

—Sí, veo luces en la casa nueva.

—¡Esa! Esa es la fortaleza del Hombre Almohadón.

—¿Esa es la fortaleza? —dijo Mauricio—. Yo creía que era la casa donde se mudaron unos recién llegados. Gente nueva, pero normales —le echó otro vistazo a la construcción—. Bueno, hay que reconocer que es demasiado grande como para que viva una sola familia... Además es tan moderna, hasta con antena parabólica y portón eléctrico. Todos en el pueblo opinan que es demasiado sofisticada... —en ese momento se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. ¡Oh! ¡Increíble! ¡Claro que tiene que ser moderna y blindada! ¡Si es la guarida de un maloso!

—Exacto. Un maloso malosísimo —dijo ella.

Bajaron del grandioso árbol y avanzaron silenciosamente en dirección al cerro Empanada. Ella cruzó primero el puente colgante, se agachó e hizo un

Pelusa 79

gesto para que Mauricio pasara caminando con la bicicleta por el lado. Allí planificaron la emboscada. Verónica la niña biónica iría primero, mientras el niño terrícola debía contar hasta mil y entonces ascender por el camino que lo llevaría directo... ¡a la fortaleza del Hombre Almohadón!

Una vez que estuvo solo, bajo el cielo lleno de estrellas, sintió miedo y pensó en volver a su casa. Ya era tarde y su mamá probablemente se preocuparía. Pero no quería abandonar a su nueva amiga, su primera superamiga. Caminó despacio, mirando para todos lados, procurando no hacer ruido. La subida hasta la fortaleza era una calle ondulada, pavimentada para los autos y con una escalera de piedra para las personas. Por el borde tenía pequeños faroles y una hilera larga de arbustos bien cortados. El portón de entrada estaba abierto, así que simplemente pasó y luego atravesó por entre los árboles hasta llegar a la puerta principal. Allí estaba la superniña esperándolo.

—¡Vamos, no perdamos tiempo!

—¿Cómo abriste el portón eléctrico y esta puerta?

—Con mis súper, por supuesto. No es difícil, hasta los ladrones comunes y corrientes pueden hacerlo.

«Es verdad», pensó Mauricio.

Pelusa 79

Cruzaron un corredor en penumbra, llegaron hasta una escalera y subieron al segundo piso. Caminaron por otro pasillo, pegados a la muralla. De pronto sintieron un ruido que venía desde el fondo.

—Ven, escondámonos aquí —le susurró y abrió un guardarropa.

—¿Y la Vaporización repentina? —preguntó extrañado.

—¿Y tú?

Mauricio repensó su comentario.

—Tienes razón, gracias.

Se encerraron en el clóset. La puerta tenía muchas tablitas con una pequeña separación. Por aquellas rendijas podrían espiar lo que ocurriese afuera.

—Me cae bien tu hermana, es simpática.

Mauricio apenas veía a Verónica la niña biónica.

—¿No crees que mejor conversamos de la Josefina en otro momento?

—Bueno, era para hacer más entretenida la espera.

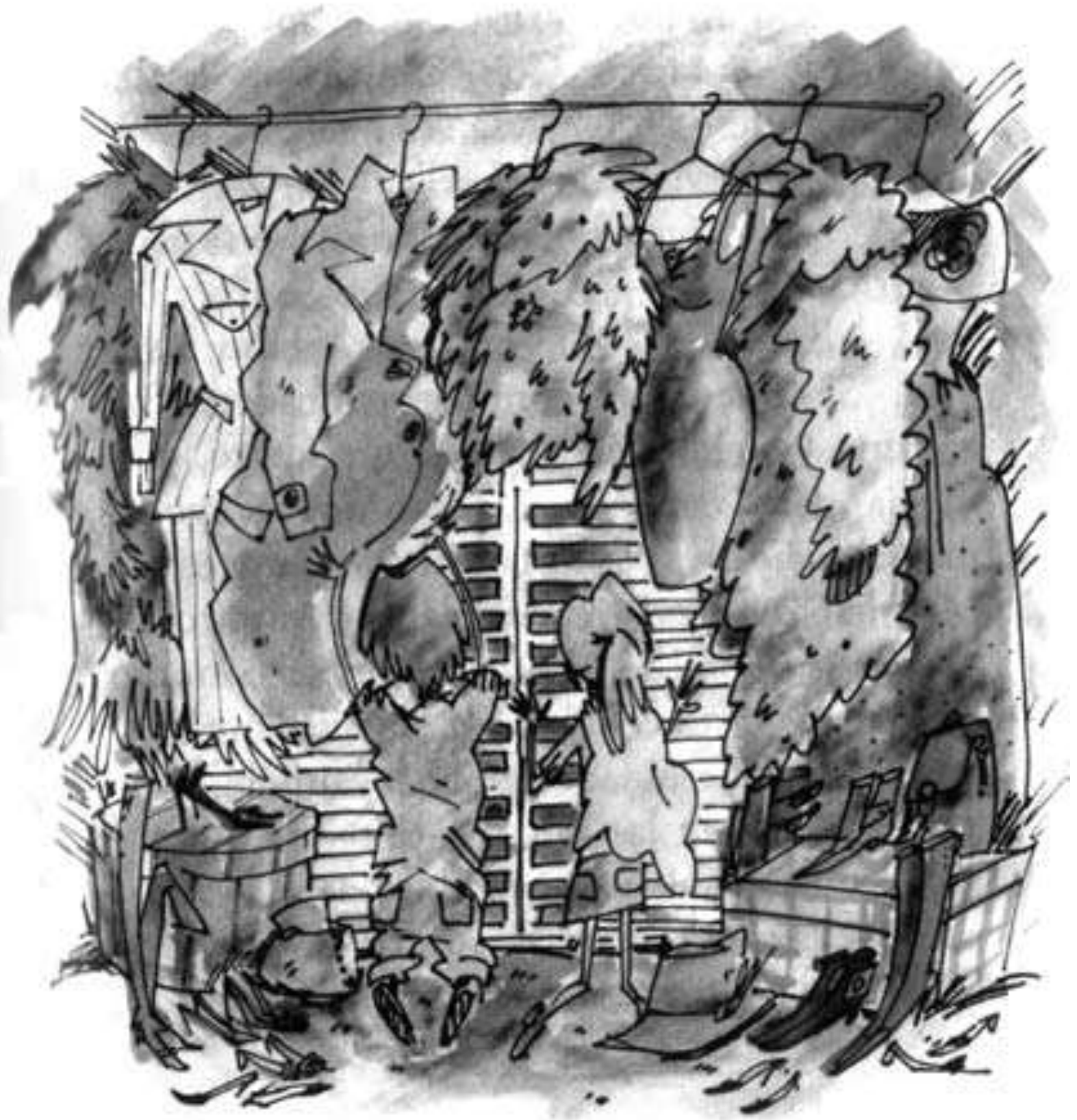
El niño normal guardó silencio un momento. Sólo se escuchaban sus propias respiraciones.

—A ella también le caíste bien tú. Estaba fascinada.

—¿Crees que podríamos ser amigas?

Pelusa 79

—Claro, ¿por qué no?



Pelusa 79

Nuevamente se sintió ruido, pero ahora más cerca. Era un sonido que se arrastraba por el suelo. Mauricio tiritaba. Se aproximaba lentamente, a rachas. Con cada envión dejaba escapar un resoplido. Cada vez más próximo.

—Ahí viene —dijo ella.

—Protégeme, Verobiónica —suplicó Mauricio.

Entonces lo vieron pasar frente a sus ojos. Se quedaron como petrificados. Era enorme, mucho más alto que un adulto, y se movía pausadamente. De pronto se apoyó, mejor dicho se aplastó contra el guardarropa. Mauricio no pudo evitar dar un suspiro de horror. El Hombre Almohadón parecía hecho de género grueso. Luego de un instante, que pareció una eternidad, siguió su camino.

—Ahora las ranas —dijo ella apresurada—. Toma una con cada mano —se las pasó—. Ya conoces el plan, cuando vaya bajando la escalera se las tiramos encima.

—Sí—respondió con el corazón latiendo como un tambor.

—A medida que se te vayan terminando, sacas más de mi cartera.

—Bien —dijo él, tratando de armarse de valor.

Escucharon como el maloso comenzaba a descender pesadamente los escalones. Sus jadeos eran cada vez más estrepitosos.

Pelusa 79

—Ahora. ¿Estás preparado para la acción? —Mauricio respondió que sí con la cabeza—. Bien. Uno... dos... y...

—¡Tres! —gritaron los dos y salieron corriendo del clóset.

Inmediatamente comenzaron a lanzar ranas a toda velocidad, una detrás de otra, sin detenerse un segundo.

—¡Ay, ay, auxilio! —exclamó el maloso.

—¡Parece que lo estamos derrotando! —dijo el niño lleno de alegría.

—¡Sigue disparando! ¡Ranas al ataque!

El Hombre Almohadón tenía la voz bastante aguda para ser monstruo. La niña superpoderosa chilló tan fuerte, que el sonido traspasaba los oídos.

En ese momento se sintió un ladrido y Mauricio temió que se tratara del Perro Gorilón. Tal vez era aliado del Hombre Almohadón y ahora venía al rescate.

—¡Ay, Dios mío! ¡Jesús Santo! ¡Ave María Purísima, sálvame! ¡Llegó el fin del mundo, el Juicio Final! ¡Están lloviendo sapos!

—¿No encuentras que tiene voz de mujer? —preguntó Mauricio—. ¿Y no es muy religioso como para ser un malhechor? ¿Y escuchaste a ese perro?

—Debe ser que ya le están saliendo las verrugas. En todo caso, ya no tenemos más ranas. Por

Pelusa 79

los ladridos no te preocupes, es la reacción natural a mi Chillido ultrasónico.

Prendieron la luz y vieron a su enemigo rendido en el descanso de la escala. Era un gran colchón que se quejaba con sollozos, mientras las ranas reptaban encima de él.

—Ay, ay, ay.

—Eso te pasa por ser maloso —dijo Verónica la niña biónica.

—¿Señorita Verónica? —se escuchó una angustiada voz que venía desde abajo del colchón.

—Ups... —dijo ella y miró a su colaborador con cara de la embarramos.

El colchón se movió hacia un costado y por debajo emergió una mujer joven, vestida con enagua y que tenía sus rulos totalmente enredados con el desbarajuste.

—¿Quién es ella? —preguntó Mauricio, desconcertado.

La superniña habló con la mujer.

—Hola, Begoña, te presento a mi amigo Mauricio.

—Pero, señorita Verónica, ¿por qué me vino a hacer esto, con el pánico que me dan esos bichos asquerosos?

—Es que la confundimos con un monstruo —explicó el niño.

Pelusa 79

—Pero, Begoña, ¿por qué andas tú con un colchón en medio de la noche?

—Es que usted sabe, señorita Verónica, que los maestros todavía no me tienen listo el dormitorio, y por eso yo tengo que acarrear el somier que está guardado en la pieza del fondo. Pasado mañana me lo terminan de pintar y ya no la molesto más.

—No, no te preocupes —la superniña bajó a ayudar a la mujer a ponerse de pie—. Fue una equivocación, no fue adrede, en serio.

Mauricio estaba absolutamente desconcertado.

—¿Tú conoces a esta señora? ¿Y el Hombre Almohadón? ¿No era ésta su fortaleza?

—Calma, calma. Primero llevemos a Begoña a su dormitorio y después te explico. ¿Te parece?

—Está bien, pero me cuentas todo, porque realmente no entiendo nada.

—Con lujo de detalles.

Entonces, el ayudante de superhéroe divisó uno de los anfibios del altercado, que caminaba con dificultad sobre el pelo enmarañado de la mujer.

—Señora Begoña —apuntó con su dedo—, tiene una pequeña rana en la cabeza.

—¡Ahhh! ¡Sáquemela, señorita Verónica! ¡Sáquemela, por favor! —y se puso a llorar de nuevo.

Entre los tres llevaron el colchón por el pasillo hasta la pieza de Begoña y lo pusieron sobre la cama para que quedara completa. Verónica la niña biónica le recomendó que descansara para reponerse del susto, pero ella insistió que ya se sentía bien y sacó las sábanas y mantas para hacer la cama inmediatamente. Mientras tanto, los dos niños se fueron a la cocina.

—¿Quieres un vaso de jugo?

—Sí, gracias —respondió Mauricio mientras se acomodaba en la mesa. El banco era color crema y de una especie de plástico muy liso. Como hacía un poco de calor todavía, se le pegaba la piel de los muslos y jugaba a levantar una pierna y después la otra.

La superniña trajo del refrigerador un jarro de jugo verde y grumoso.

—¿Verde? ¿De qué es?

—De kiwi. Tiene más vitamina C que la naranja incluso —dijo la niña supervitaminizada y supermineralizada.

—Ah, por un momento pensé que era una pócima o una fórmula de científico loco. Bueno, pero nos estamos desviando de lo importante. Dijiste que me ibas a aclarar todo.

—Dime.

—¿Qué te voy a decir yo? Tú eres la que tiene que darme explicaciones.



La niña biónica ya se había tomado el vaso entero y se estaba sirviendo el segundo. Acercó el jarro al vaso de Mauricio, pero él no lo había tocado aún.

—Sí, yo sé que la que tiene que aclarar el cuento soy yo, pero anda preguntándome y yo te voy diciendo.

Mauricio puso sus manos debajo de sus muslos y siguió balanceándose para un lado y otro.

—A ver, por dónde empiezo. Ya sé. ¿De quién es esta casa?

Verónica la niña biónica se puso roja y miró hacia adentro de su vaso verde. Columpiando las piernas dejó caer sus sandalias.

Pelusa 79

—Parece que empezamos de inmediato con las preguntas difíciles —sonrió un poco—. Es mi casa, o sea la de mis papás.

—¿Pero y el Hombre Almohadón? ¿No era su fortaleza? ¿O era todo mentira?

Ella dejó bruscamente el vaso sobre la mesa y lo miró fijo.

—¡No es todo mentira!

Mauricio se sorprendió con lo exaltada que se había puesto. Ella se dio cuenta y quitó lentamente sus manos del vaso, dejándolo tranquilo.

—No es todo mentira —repitió más despacio—, pero sí es un poco mentira lo de la fortaleza. Ahora te quiero decir toda la verdad. Déjame que te explique, por favor.

—Dale.

—Resulta que el Hombre Almohadón invadió mi madriguera, es decir mi casa. Esto es casi lo peor y más humillante que le pueda pasar a un superhéroe. Por eso ideé el plan del ataque de las verrugas para expulsarlo.

—Pero si era un colchón común y corriente —replicó Mauricio mientras aplastaba la palma de su mano contra la mesa y jugaba a tratar de moverla, a pesar que se le quedaba pegada por el Ungüento antiverrugiento.

Pelusa 79

—Ese fenómeno me dejó tan desconcertada como a ti. Pero, pensándolo bien, es muy lógico.

—Honestamente, a mí no me parece nada de lógico.

—Fíjate. El Hombre Almohadón tenía invadida mi madriguera y se creía el mejor, estaba feliz de la vida haciéndose el importante. Después yo descubrí su punto débil, ¿cierto?

—Supongo —respondió Mauricio mirando el suelo, que era de cerámicas blancas y negras, como un tablero de ajedrez reluciente.

—Sí, Mauricio, así fue, no te dejes engañar por sus trucos. Inventamos un plan excelente para echarlo, no para capturarlo, y exactamente eso fue lo que conseguimos.

—Pero si es un colchón común y corriente —insistió el niño.

—Eso es lo que él quisiera que nosotros pensáramos —dijo muy segura y se puso de pie—. Los malosos serán malos, pero no son tontos. Cuando se vio derrotado, el muy cobarde huyó. Seguramente se teletransportó usando mi antena satelital y en lugar suyo dejó un vil colchón —mientras decía esto se quitó el moño que le sostenía la cola de caballo. Luego se lo puso en la boca y estiró con firmeza su pelo. Sujetó su cabellera apretándola con una mano y con la

Pelusa 79

otra volvió a poner el moño en su lugar, pero ahora mucho más ajustado.

Mauricio se quedó en silencio. Frotó sus manos y el famoso ungüento se hizo migas, que fueron cayendo sobre la mesa, igual que cola fría.

—Y tus papás, ¿dónde están?

—Están en una sesión —le respondió la superniña y se sentó junto a él.

—¿Una sesión? ¿Qué es una sesión?

—Es una cosa que hace mi papá, es para arreglarles los pensamientos a las personas cuando se les enredan —dijo ella y comenzó a amontonar las migas de ungüento formando un cerrito.

—¿Ellos también son superhéroes? —exclamó Mauricio.

—No —sonrió al mismo tiempo que apretó el cerrito con los dedos transformándolo en una especie de pirámide—, ellos son normales. Bueno —volvió a sonreír y miró a Mauricio—, no sé si tan normales, pero son seres humanos al fin y al cabo.

Mauricio tomó un sorbo del jugo y no le pareció tan malo.

—¿Y saben que tú eres biónica?

Ella refregó sus manos para dejar caer una nevazón de migas de ungüento y las apelotonó con la pirámide.

Pelusa 79

—No, no tienen idea. Ni pueden saberlo —miró al niño directo a los ojos.

Pelusa 79



Pelusa 79

Mauricio se echó para atrás con el vaso en la mano—Yo no le he dicho a nadie —tomó un trago y le pareció bastante rico.

—Sí, yo sé. Confío plenamente en ti. No te imaginas lo difícil... —justo iba a terminar la oración cuando entró Begoña a la cocina.

—¿Necesita algo, señorita Verónica? —le dijo mientras se lavaba las manos con jabón —. ¿Le preparo unos sándwiches con jamón y queso?

—No, gracias, Begoña —Verónica la niña biónica le hizo un gesto a Mauricio, con los ojos y con la boca, para indicarle que siguieran conversando afuera.

Los dos se pusieron de pie, Mauricio se empinó el vaso al seco y la superheroína le pasó a Begoña la pelota de ungüento, que estaba gris de tanto manoseo.

—¿Me puedes botar esto al basurero, por favor, Begoña?

—Claro, señorita —se la recibió, miró la esfera con cara de asco y luego la echó a la basura.

Los niños caminaron hasta la entrada, Mauricio se fijó al pasar en una extraña puerta plateada que parecía ascensor, pero no dijo nada. Entonces, le explicó a la superniña que ya tenía que irse y bajaron hasta el portón.

Pelusa 79

—¿Qué era lo que me ibas a decir en la cocina?
—dijo al levantar su bicicleta.

—¿De qué? —preguntó ella.

—Me estabas diciendo algo de que no me imagino lo difícil que... y algo más.

—Ah, cierto —se quedó de pie quieta, cruzó los brazos, suspiró y miró al horizonte totalmente sombrío—. No te imaginas lo difícil que es llevar una vida con doble identidad. Por un lado, quiero dejar contentos a mis papás y ser una buena hija y, por otro, están mis responsabilidades de paladina de la justicia. Es realmente agotador.

El niño humano no supo qué contestar y se quedó pensando. Verónica la niña biónica lo miró y caminó hacia él. Tomó la punta de su capa y la acercó a la cara de Mauricio.

—¿Qué tengo? —preguntó levantando un poco los brazos.

—Te quedó bigote con la espuma del jugo de kiwi —respondió ella y le limpió la boca con la capa con brillantina.

—Ah, gracias —contestó y se quedó estático. Después sostuvo firme el manubrio y puso el pie sobre el pedal, no para empezar a andar, sino que para entretenerse dándole vueltas hacia atrás. Luego continuó con las preguntas.

—Entonces, ¿quién era esa señora?

Pelusa 79

—Ella es Begoña, mi tutora —dijo y se agachó a recoger algo en la oscuridad, al pie de un árbol.

—¿Qué cosa es una tutora? —preguntó el niño mientras le echaba vuelo al pedal en sentido inverso para que diera la vuelta completa y agarrarlo justo en la parte de más arriba.

—Es una institutriz, una preceptora, una... —Mauricio la interrumpió.

—Ya, ya, ya. Ya vas a empezar con tus palabras difíciles. No quiero que me digas todos los sinónimos, sino que me expliques qué cosa hace.

Ella sonrió, levantó el brazo, tomó impulso y disparó lejos lo que tenía en la mano. Era un piñón de alguno de los árboles que estaban alrededor.

—Una tutora es como una profesora particular, ¿sabes lo que es eso?

—Es la que te enseña cuando te va mal.

La superniña se quedó pensando.

—Tienes razón. No lo había pensado de esa forma. No, entonces retiro lo dicho. Es como una profesora común y corriente, pero en vez de que tú vayas al colegio, ella vive en tu casa.

—¡No! ¡Vive en tu casa! ¡Qué espanto! —gritó Mauricio y se le cayó de la mano el piñón que había recogido—. ¡Eso es una verdadera crueldad! Ahora entiendo por qué la teníamos que atacar, me hubieras

Pelusa 79

dicho eso desde un principio y yo te habría comprendido perfectamente.

A Verónica la niña biónica le dio mucha risa.

—No es como tú piensas. Parece que te estoy confundiendo más en vez de aclararte el asunto.

Mauricio miraba el suelo desconsolado.

—Pero una profesora que vive en tu casa...
¿Cómo te fue a pasar eso? ¡Pobre!

—Si no tiene nada de malo —ella recogió dos piñones y le puso uno en la mano—. ¿Acaso tú no tienes algún profesor que sea simpático?

Mauricio levantó la vista, primero para observar el piñón y después para mirar a la niña de los superpoderes.

—Sí, varios. Hay uno en especial que me cae excelente, es muy divertido.

—¿Ves? ¿Ves que no es tan terrible? Begoña es sumamente tierna y amorosa conmigo. Me lee cuentos, me enseña cosas entretenidas, conversamos de la vida...

—¿Qué cosas te enseña? —quiso saber él.

—Lo que yo quiera —le respondió y se puso a su lado.

—¿En serio? Ah, así cambia la cosa. ¿Y qué cosas le pides que te enseñe? ¿Ella tiene superpoderes?

Pelusa 79

—Yo creo que tiene, pero no se ha dado cuenta. En todo caso, igual vamos a tener que aplicarle el tratamiento.

—¿El tratamiento? ¿Cuál tratamiento? Cada vez vas saliendo con cosas nuevas.

—Y tú cada vez te estás poniendo más preguntón.

—No te enojas, perdona.

Ella sonrió y lo miró.

—No estoy enojada. Ya, tiremos las granadas a ver quién llega más lejos.

Lo que vino después fue bastante inaudito.

El niño humano apoyó la bicicleta contra el tronco de un árbol. Contaron hasta tres y dispararon los piñones lo más fuerte que pudieron. Ninguno de los dos se había percatado que mientras ellos conversaban, un perro había salido desde la casa y estaba parado justo detrás de ellos. Al momento de lanzamiento, el perro se sobresaltó y partió persiguiendo los proyectiles a todo lo que daba. Mauricio tuvo un escalofrío cuando lo sintió rozar sus piernas a toda velocidad, que honestamente no era tanta porque era un perro más bien gordinflón. El susto se transformó en sorpresa al ver que el regordete can se lanzaba cerro abajo.

—¡Glóbulo! ¡No! —gritó Verónica la niña biónica con todas sus fuerzas.

Pelusa 79

Pero ya era demasiado tarde. El perro de la superniña salió volando como un verdadero superperro, pero rodó por la loma como un perro común y corriente, dándose vueltas de carnero y estrellándose contra las ramas. La superdueña se puso a gritar con su famoso Chillido ultrasónico. Mauricio se tapó las orejas, pero de todas formas podía oír los alaridos de la niña y los aullidos del perro.

Bajaron corriendo y lo encontraron incrustado en un arbusto, un poco desarmado y bastante sucio, pero bien.

—¡Pobrecito mi niño! —exclamó la heroína y tomó en brazos a su mascota. Apenas se lo podía y él le lamía la cara con su lengua que era... ¡azul!

Era un animal francamente extravagante, pero a estas alturas a Mauricio ya no le sorprendía nada.

—¿Qué clase de perro es éste? —preguntó incrédulo.

Ella contestó muy orgullosa:

—Es un Shar-Pei albino. Son sumamente escasos. Hay muy pocos en el mundo. Se llama Glóbulo. Bueno, en realidad mis papás le pusieron Mandala, pero su supernombre secreto es Glóbulo.

Mauricio lo miró entre consternado y patidifuso. Era un perro muy simpático de cara, pero tenía pliegues por todos lados, como si le sobrara la piel. Pensó que a él mismo su mamá le compraba la

Pelusa 79

ropa de colegio varias tallas más grandes para que le durara unos cuantos cursos, pero esto le parecía una exageración de la naturaleza.

Después de examinarlo, Verónica la niña biónica lo dejó en el suelo y la supermascota se sacudió el pasto que le quedaba encima moviendo todos sus rollos. Mauricio quería decir algo bueno del animal y lo único que se le ocurrió fue: —Es muy... resistente.

Ella se puso contenta al escuchar el comentario.

—Sí, claro que lo es. Es un perro atómico —dijo y volvió a levantarlo, a abrazarlo y medio estrangularlo—. ¿Cierto, mi niño regalón? —le preguntó mientras el fofu insistía en lamerle la nariz con su lengua azul, y ella se dejaba. Comenzaron a subir la pendiente para volver donde estaba la bicicleta.

—Lo que pasa es que Glóbulo tiene un súper muy especial —le explicó—. Cuando se ve enfrentado a una situación crítica de peligro, se infla hasta quedar redondo y así rebota y cae blando. Es su mecanismo de defensa.

—¿Se pone más redondo todavía? —preguntó Mauricio con cara de extrañeza.

—¡No es redondo! —se quedó mirando al perro y después al niño—. Bueno, tiene un poco de

Pelusa 79

sobrepeso, pero es porque todavía no se acostumbra a vivir aquí en Superundo y, come por ansiedad.

—En todo caso, se nota que es valiente,

—¡Sí! ¡Muy valeroso! Y sumamente bravo, no te imaginas.

Mauricio pensó: «En realidad no me lo imagino, pero para qué me voy a poner antipático».

Regresaron a la entrada de la casa y Verónica la niña biónica empujó a Glóbulo para adentro y cerró la puerta. Mauricio agarró su bicicleta y se dispuso a partir.

—Estoy muy atrasado, mi mamá se va a preocupar mucho.

—Sí, anda. Mañana terminamos de conversar.

—Todavía hay muchas cosas que no entiendo, pero no quiero ser preguntón.

Ella lo miró a los ojos y sonrió un poco.

—No eres preguntón. Es normal que quieras entender tantas cosas que para ti deben extraordinarias.

Mauricio ya estaba sentado y listo para pedalear, pero no podía irse sin saber algo.

—¿Qué cosa es el tratamiento?

—El Tratamiento detector de malosidad. Se lo tendremos que aplicar a Begoña. La Verdad es que yo ya la había notado extraña. Se reía sola, andaba todo el día distraída, salía sin avisar y en forma misteriosa.

Pelusa 79

Muchos detalles, que en conjunto eran la evidencia de que iba hipnotizada por el Hombre Almohadón

En ese momento se puso seria—. Y me temo que tal vez pueda seguir bajo su influjo. Para descubrirlo servirá el Tratamiento detector de malosidad.

—¿Pero en qué consiste?

—Tú ya vas muy atrasado, y tu mamá se va a preocupar por ti —le puso la mano sobre el hombro—. Pero te puedo anticipar que necesitaremos voluntarios.

—¿Voluntarios? —exclamó Mauricio.

—Mañana, mañana. Yo ahora mantendré bajo vigilancia a la pobre Begoña. Tú debes ir a descansar a tu madriguera, digo a tu casa.

Pelusa 79



Cuando Mauricio llegó a su casa, su mamá estaba durmiendo. Entró a saludarla y decirle buenas noches.

—Buenas noches, mamá, ya llegué —susurró desde la puerta.

—¿Mmm? —respondió ella casi entera dormida—. ¿Por qué llegaste tan tarde? ¿Dónde andabas?

—Estaba en la casa de mi amiga nueva, la que te cayó bien.

La ventana de la pieza estaba entreabierta y la brisa había descorrido un poco las cortinas. Los muebles parecían sombras, iluminados apenas por la luz azul de la luna. El papá de Mauricio no roncaba, pero respiraba profundo. La mamá le hizo un gesto para que se acercara y le habló sin abrir los ojos.

Pelusa 79

—Tú sabes que yo te debería castigar, ¿cierto?

—Sí, mamá.

—Bueno... —algo parece que iba a decir, pero comenzó a quedarse dormida de nuevo.

Mauricio aprovechó para salir en puntillas, pero el suelo de madera crujió.

—Hijo —suspiró ella, compitiendo con el sueño.

—¿Sí, mamá?

—Tú sabes que yo me pongo nerviosa. Que no se vuelva a repetir, ¿bueno?

—Sí, mamá.

El sueño le ganó la competencia y definitivamente se quedó dormida como osa polar. La mamá de Mauricio a veces trataba de ser estricta, pero no le resultaba.

El hijo pródigo se fue a su pieza, se puso el pijama, fue al baño, se cepilló los dientes y finalmente se metió en la cama. Pensó un montón de cosas, una pila, una ruma... Se acordó de la niña biónica y sus sinónimos y sonrió mirando el techo. Pensó si acaso él mismo no tendría superpoderes y quizás lo único que le faltaba era ejercitarlos. Acostado como estaba, no eran muchas las cosas que podía hacer, y se le ocurrió mirar fijamente el techo. Fijamente y absolutamente concentrado, sin siquiera parpadear. Le pareció que

Pelusa 79

estaba a punto de pasar algo formidable, cuando de repente...

—¡Hola!



A Mauricio le dio un tremendo tiritón de susto y miró hacia su ventana. Allí divisó una capa brillante que flameaba al viento nocturno. La superniña de piernas flacas y pelo liso golpeó el vidrio con sus nudillos en forma bastante estrepitosa. El humano bajó

Pelusa 79

de un salto de su cama y corrió a abrirle, antes que su mamá se despertara con el escándalo.

—¿Qué haces tú aquí? —la interrogó pasmado.

—Ayúdame a bajar —le dijo y prácticamente se le tiró encima. El rio estaba preparado para recibirla y casi se caen al suelo con el abrazo.

—¡Cuidado! —susurró, pero en tono de exclamación—. ¡Tenemos que hablar despacio o si no mi mamá se va a dar cuenta!

Ella se rió bajito y remedó el tono del niño.

—¡Bueno! ¿Así está bien? Mauricio se sentó sobre el colchón. —No es necesario que me imites, basta con que hablemos bajito. ¿Pero qué haces aquí? ¿No habíamos quedado de conversar mañana? Parece que te gustan los cambios de planes a cada rato.

—El trabajo de superhéroe está lleno de emoción —dijo y se sentó de piernas cruzadas sobre la cama—. Yo pensé que podríamos tener un día para descansar, pero después pensé más y me di cuenta que no.

—¿Así nomás? ¿Te diste cuenta que no? ; ¿Y viniste corriendo desde tu casa?

—Sí, volando desde mi madriguera. Y ahora requiero de tu ayuda más que nunca. Tenemos que reclutar a los voluntarios para el Tratamiento detector de malosidad mañana mismo.

Pelusa 79

Mauricio se puso la mano sobre la frente.

—¿Pero dónde vamos a conseguir voluntarios para tu tratamiento?

Ella levantó sus manos y sacudió sus pulseras.

—¡Fácil! ¡Tus compañeros de colegio!

El niño se quedó mirándola pensativo en la penumbra.

—¿Y si no quieren ser voluntarios? —preguntó mientras se rascaba la sien.

—Bueno, los obligamos.

Mauricio no pudo evitar sonreír.

—¡Entonces no van a ser voluntarios!

—Bueno... Van a ser voluntarios obligatorios, les podemos decir *oblivoluntarios* y listo.

—¿Mauricio? —se escuchó una voz que venía del pasillo.

—¡Shh! ¡Es mi mamá! —le dijo a la de los superpoderes, y después le respondió a la del poder familiar—: ¿Sí, mamá?

—¡Duerme, hijo, por favor! ¿Por qué estás tan inquieto? ¿Estabas hablando?

—¡No, mamá, estoy durmiendo!

—Ah, bueno.

Verónica la niña biónica tenía la boca tapada con su mano para no reventar de la risa.

—No es divertido —alegó el niño.

Ella se destapó un poco los labios y dijo:

Pelusa 79

—¡Sí, sí es divertido!

Él sonrió.

—Salgamos por la ventana y hablemos en la calle mejor. Ahí me sigues explicando, ¿te parece bien? —dijo resignado.

—¡Estupendo!

Sigilosamente, cruzaron el pequeño jardín y se agacharon en la esquina a conversar. Escondidos entre las plantas, ella le contó acerca del Tratamiento detector de malosidad, de la Influenza hipnótica colchonótica, de los Incautos especímenes oblivoluntarios y, por si fuera poco, también le dijo de qué se trataba el plan de la Ultramansión siniestra ilusoria.

—¿Qué son todas esas cosas con esos nombres tan raros? —preguntó Mauricio obnubilado.

Verónica la niña biónica abrió el cierre de su cartera rosada y sacó un papel de cuaderno doblado.

—Mira, como me imaginé que te iba a resultar enredado, escribí dos copias del plan, y ésta es la tuya.

Mauricio desdobló la hoja y comenzó a leer pausadamente.

Plan ultrasecreto para derrotar al
Hombre Almohadón y también para
comprobar si Begoña...

Pelusa 79

La superniña se impacientó y le quitó el papel de las manos.

—Mejor te lo leo yo, que ya me lo sé, y tú me vas siguiendo, ¿bueno?

—Bien, pero que no sea demasiado largo porque ya estoy medio dormido y mañana tengo clases.

—Sí, yo sé —confirmó ella—. Eso también es parte del plan. —Bueno, dale.

—A ver, ¿dónde ibas? ¡Ah, sí! «... y también para comprobar si Begoña se ha transformado en malosa o no» ¿Estás poniendo atención, Mauricio?

Él movió la cabeza de arriba abajo.

1. El maquiavélico Hombre almohadón se infiltró en la casa de Verónica la niña biónica o sea yo- y se creía la sensación hasta que ella y Mauricio lo echaron gracias al excelente plan del ataque de las verrugas.
2. Cobardemente, se arrancó por la antena satelital y habrá que atraparlo.
3. Durante la invasión del Hombre Almohadón, él se hizo pasar por el

Pelusa 79

colchón donde dormía Begoña y así consiguió hipnotizarla, por eso la pobre andaba distraída y lela. Esa terrible enfermedad la conocemos muy bien todos los superhéroes y se llama influenza hipnótica colchonótica.

4. Lo que no me acuerdo es si es contagiosa. Para eso utilizaremos el Tratamiento detector de malosidad que consiste en ver si el colchón sigue siendo capaz de traspasar la maldad a quien se acuesta encima.
5. Por lo tanto, necesitamos a los Incauto especímenes voluntarios —en ese momento detuvo la lectura, sacó un lápiz de su cartera, tarjó la palabra voluntarios y escribió encima oblivoluntarios—. ¿Así está mejor?—como vio que el niño asintió, continuó leyendo—, que serán los compañeros de colegio de Mauricio.
6. La idea es invitarlos a mi madriguera, hacerlos que se pongan sobre el colchón y ver si se ponen malos.

Pelusa 79

Él la interrumpió:

—¿Pero cómo los vamos a convencer?

—No te atarantes, ¿No ves que todavía faltan más puntos del plan? —replicó y luego prosiguió—:

7. Como la gente normal no cree en superhéroes y no se interesa mucho en planes para que el bien venza al mal, entonces inventaremos la Ultramansión siniestra ilusoria, que se trata de hacer como si fuera una mansión siniestra de verdad, como la de los parques de diversiones, pero que en realidad es de mentira. Nuestra principal atracción será el Juego de la muerte fatal —terminó de leer y le volvió a pasar el papel al humano.

—¿Qué te parece? —dijo ella con los ojos brillantes de entusiasmo.

—¿Quieres que sea totalmente sincero? —preguntó Mauricio frunciendo el ceño.

—Siempre —respondió decidida.

—No me parece tan fabuloso que digamos.

—¿Por qué no?

—Fíjate —tomó el papel—. Se supone que el plan es para derrotar al Hombre Almohadón, y en la única parte que sale algo es en el punto dos y dice: «y

Pelusa 79

habrá que atraparlo» —leyó en voz alta y luego miró a la superniña—. ¿Tú crees que con eso será suficiente? Está claro que hay que capturarlo, ¡el problema es cómo!

—¡Ay, estos hombres siempre tan fijados en los detalles!

—¿Detalle? ¡Pero si es el centro del plan! —exclamó.

Ella susurró fuerte:

—¡Shh! ¡Cuidado! Si nos ponemos a gritar, a los que van a pillar va a ser a nosotros.

Mauricio agachó la cabeza y dio un largo suspiro.

—Ay, Verobiónica, ¿en verdad tú crees que resultará?

Ella se puso de pie.

—¡Claro! ¿Por qué no? Está bien, reconozco que hay que perfeccionar esa parte, pero todo lo demás está bastante bueno, ¿cierto? —se acomodó la cartera—. Ahora me tengo que ir volando y tú tienes que dormir para que mañana reclutes Incautos especímenes oblivoluntarios. Llévalos a mi casa al atardecer, yo voy a tener todo preparado.

Mauricio tenía sueño y no estaba tan convencido, pero algo en su interior le hacía confiar en esta niña tan estrambótica y superdotada.

Pelusa 79

—Está bien, yo me comprometo en hacer mi parte del plan.

—¡Gracias, eres lo mejor! —y le dio un beso en la mejilla—. Acuérdate también de llevar a la Jose.

—¿A la Josefina? —gritó—. ¡No! ¡No quiero que la usemos de experimento!

Ella salió por la reja y le habló desde la vereda.

—¡No, cómo se te ocurre! Ella es parte del plan, recuerda que es una de los nuestros.

—Pero tampoco quiero que le pase nada a alguno de mis compañeros.

—No te preocupes, todo estará bajo control.

Mauricio se refregó los ojos y cuando volvió a mirar, Verónica la niña biónica había desaparecido. Observó el cielo, por si alcanzaba a divisarla, pero vio todo borroso de tanto sueño. Se fue a acostar y se quedó dormido con el plan en la mano.

Pelusa 79

■ **Los Incautos especímenes oblivoluntarios** ■



A la hora del recreo ya hacía calor y todos estaban en el patio. Mauricio sacó de su mochila un pan envuelto en una servilleta. Lo abrió para ver de qué era. Queso. Levantó la rebanada por si acaso debajo se escondía un pedazo de jamón. Nada. Solamente queso y ni siquiera mantequilla. Lo mordió a tirones y tuvo que masticarlo un montón de veces hasta que se remojó lo suficiente como para tragárselo. Pensó en los Incautos especímenes oblivoluntarios. Se sintió nervioso. En una esquina conversaban dos de sus amigos: Calalo y Felipe. Supuso que serían buenos candidatos.

—Hola —saludó relajado.

—Hola —le contestaron a dúo.

—¿De qué les tocó?

—Mortadela.

—Mermelada. —¿Y tú?

Pelusa 79

—Queso.

—¿Jamón con queso?

—No, solo.

Prosiguieron comiéndose sus respectivos sandwiches mientras raspaban el suelo con los zapatos. Al parecer, los tres panes estaban igual de secos, porque el silencio fue prolongado. Finalmente, Mauricio se armó de valor.

—¿Les parece entretenido ir a una mansión siniestra?

Los dos reaccionaron entusiasmados.

—¡Sí, claro! ¿Dónde queda? ¿Cuándo vamos? ¡Excelente!

—¡Shh! ¡Pero es secreto! ¡No le pueden contar a nadie!

El del pan con mortadela y el con mermelada enmudecieron, pero ya era tarde. El alboroto había llamado la atención de Silviana, que estaba a unos pocos pasos y andaba con su eterna amiga Jazmina, que no se le despegaba nunca.

El del pan con solamente queso hizo que se agacharan formando un círculo y habló despacio.

—Queda en el cerro Empanada, en la casa nueva.

—Yo sé quién vive ahí —irrumpió Silviana.

Al verla venir, Mauricio sintió que se le doblaban las rodillas. El sol iluminaba su pelo largo y

Pelusa 79

liso. A medida que caminaba hacia ellos, se acomodó su trenza detrás de la oreja y le dio un giro a su pulsera roja. Ella se veía tan tranquila y él se sentía tan nervioso. Felipe y Calalo se embutieron los panes y la saludaron con la boca llena.

—Hola, Silviana.

—Hola, ¿cómo están? —les respondió sonriendo.

—Bien... gracias —dijo Mauricio tragando con dolor un pedazo enorme.

Jazmina rompió con los buenos modales.

—Nosotras sabemos que ahí vive esa niña loca nueva, la que no viene al colegio. Parece que es tarada.

Mauricio saltó de rabia.

—¡No es tarada! ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—Entonces, ¿por qué no viene al colegio?
¡Porque es una tarada!

Silviana sujetó a su maleducada amiga.

—Calma, no peleemos. No hay para qué enojarse por algo sin importancia. ¿O no, Mauricio?

El, que ya estaba rojo de furia, se puso aún más colorado, ahora de vergüenza.

—Sí, tienes razón.

La niña bonita se paró en medio del grupo.

—En todo caso, hay que reconocer que es bastante... ¿Cómo decirlo? Particular. ¿O no?

Pelusa 79

Calalo y Felipe asintieron aún con los panes enchufados en sus fauces.

—Es porque ella es especial —afirmó Mauricio—. Es más que especial, es excepcional.

Jazmina dio un salto al frente. —¿Viste? *Excepcional*. Así le dicen a los niños cuando son tarados. Especialmente a los que vienen de la ciudad.

—Estás muy equivocada, Jazmina. Y además eres muy grosera, eso no se le dice a nadie.

Silviana miró directo a los ojos al protector de niñas excepcionales y le preguntó con una sonrisa coqueta:

—Si la defiendes tanto, será porque te gusta. ¿O no?

Los comepanes volvieron a asentir.

Mauricio los increpó:

—¿Y ustedes qué saben? ¡Nada que ver! Recién la conozco. En realidad, ella es más amiga de mi hermana chica que mía.

—Bueno, entonces cuéntanos de esa mansión tan siniestra. ¿De qué se trata? Tal vez a nosotras nos pueda interesar ir a conocerla, ¿o no, Jazmi?

La peleadora se limitó a encoger los hombros.

Mauricio guardó lo que le quedaba del sándwich de sólo queso en el bolsillo del pantalón y se dispuso a promocionar el evento lo mejor que le fuese posible.

Pelusa 79

—Ni se imaginan lo entretenido. No es una simple mansión siniestra, es la Ultra-mansión siniestra ilusoria. Hay un bosque misterioso, pasillos tenebrosos, puertas que no se sabe lo que hay al otro lado...

—¡Eso es terriblemente aburrido! —refunfuñó Jazmina.

Mauricio miró las caras a su alrededor. Calalo y Felipe terminaban de engullir sus emparedados y tenían ojos de decepción. Silviana tampoco se notaba muy entusiasmada. Pensó que tenía que impactarlos con algo radicalmente espectacular. Entonces dijo con voz tétrica:

—También está el Juego de la muerte fatal.

Todos quedaron paralogizados, estupefactos y atónitos. A Felipe se le cayó al suelo el pedazo de pan que masticaba.

—¿Y de qué se trata ese juego? —preguntó, suspicaz, Silviana.

Mauricio ya estaba lanzado y no podía desdecirse, así que habló con un tono aún más espeluznante.

—Verónica la niña... digo, la niña que vive en esa casa, tiene un sistema de última generación, lo más moderno que existe en el mundo. Se trata de morirse.

Pelusa 79

—Pero eso es un disparate. ¿Quién va a querer morirse? ¡Tú te estás volviendo igual de loco que esa niña! —le gritó Jazmina.

—No me interrumpas, que no he terminado —respondió con seguridad.

En ese momento notó que Silviana lo contemplaba con profunda atención. Eso le gustó mucho y se sintió importante. Luego continuó:

—Por supuesto que no se trata de morirse de verdad, por algo se llama Juego de la muerte fatal. Uno entra en una pieza especial, se acuesta tranquilamente y entonces se muere. Pero la gracia es que no se muere para siempre, sino que solamente por un rato. Después, uno despierta y está igual que antes, pero con la gran diferencia que ahora ya conoce el Más Allá, el mundo de los espíritus, el Juicio Final.

Felipe y Calalo estaban pálidos y hacían pucheros. Jazmina se mostró escéptica.

—Eso es todo mentira. Lo inventaron la niña loca y tú. Además, el Juicio Final es cuando se acaba el mundo, no cuando uno se muere.

Mauricio se vio en aprietos.

—Yo no dije Juicio Final. Dije Juicio fatal, por eso se llama el Juego de la muerte fatal.

—Sí, claro, mentiroso. Yo escuché perfectamente...

Pelusa 79

En ese momento sonó la campana y se terminó el recreo. Mauricio pensó que su intento de promoción había fracasado, pero de todas formas dijo:

—Ustedes se lo pierden, además es gratis y va a haber sándwiches y bebidas para los que se atrevan.

Los dos amigos dijeron al unísono: —¿Gratis? —y les volvió el color a la cara.

Tenían que correr de vuelta a clases, pero Silviana hizo una última intervención:

—A mí me interesa. Total, no perdemos nada, ¿o no, Jazmi?

Antes que el inspector general los viniera a retar, Mauricio les dijo la hora y el lugar exacto donde debían juntarse con él.

Pelusa 79

La Ultramansión siniestra ilusoria

Tienes que bajarte, porque no me puedo la subida con los dos arriba —dijo Mauricio.

—¿Me voy a tener que ir caminando sola?

—No, Jose, subimos los dos a pie.

Los hermanos se pararon frente a la puerta de la casa de Verónica la niña biónica. Tocarón el timbre y ella les abrió instantáneamente.

—Hola, ¿cómo están? Pasen, adelante.

A Mauricio le llamó la atención verla nerviosa y con la mirada huidiza.

—¿Dónde nos instalamos? ¿En el segundo piso? Nosotros trajimos algunas cosas espantosas que se nos ocurrió que podrían servir. Yo ya le expliqué a la Jose... lo que ella necesita saber del plan.

—Sí, mira, Vero —agregó la hermana menor—. Mi mamá me regaló un ovillo de lana negra con la que podemos hacer telarañas.

—Eh... ah, qué bien—respondió y luego habló como si les estuviera pidiendo perdón por algo—. Están mis papás... y quieren conocerlos. ¿Emm... les importa pasar a saludarlos?

—No, para nada, por supuesto que no. Nosotros sabemos conversar con gente grande, ¿cierto, Jose?

—Obvio.

Pelusa 79

—No, si no es por ustedes... Bueno, vamos.

Al abrir la gran puerta de corredera, los niños de Superundo apreciaron el living más lindo y moderno que habían visto en sus vidas. Todos los muebles y objetos yacían en un lugar designado con máxima precisión. Uno de los inmensos ventanales con vista al lago estaba entreabierto dejando pasar el aire fresco del bosque. Tendido en un extraño sillón de cuero, que parecía mezcla de silla y cama, estaba un señor flaco y pelado, leyendo un libro gordo y con letra chica. Al otro lado estaba la mamá, que era totalmente distinta a la de ellos. La mamá de Verónica la niña biónica era rubia, esbelta y a la moda. Estaba fumando mientras miraba una hoja de bloc gigante llena de líneas rectas y algunas pocas curvas. Cuando los vio asomarse aplastó el cigarrillo varias veces en un cenicero cromado, se terminó de tomar una taza de café que estaba sobre el vidrio de la mesa de centro y se bajó del sofá, también de cuero negro; igual que la silla-cama, igual que sus pantalones.

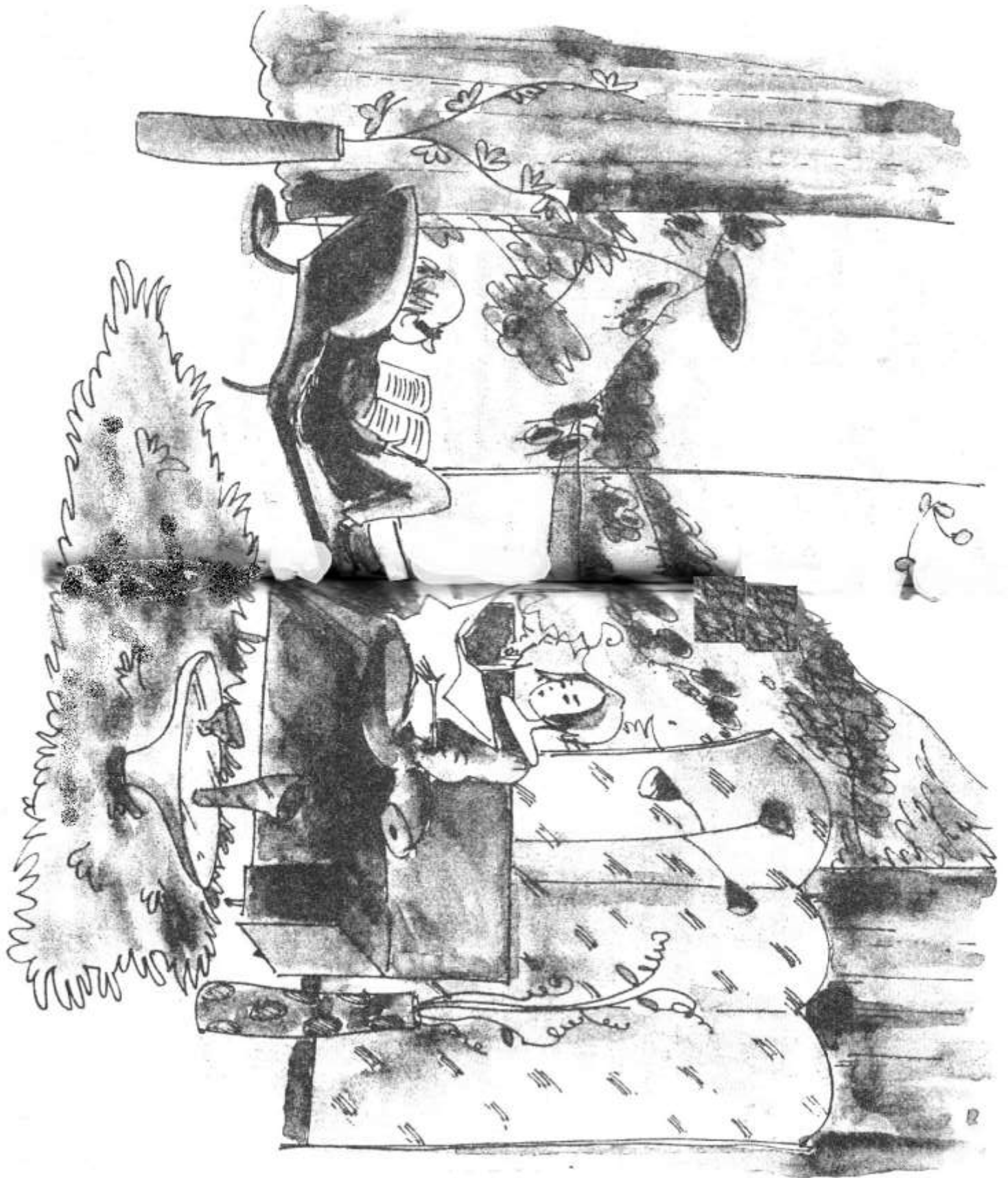
—¡Hola, chicos! —los saludó con voz fuerte.

—Buenas noches —respondieron.

El papá de la superheroína se despabiló de lo abstraído que estaba en su lectura. Con movimientos exagerados logró echarse vuelo para salir de su asiento. Se puso sus pantuflas y vino a recibirlos.

Pelusa 79

—¿Cómo están, jóvenes? —les dijo con una sonrisa de oreja a oreja.



Pelusa 79

Entonces, se acercó a la superniña y le puso las manos sobre los hombros.

—¡Qué bueno, hija, que hayas conseguido amiguitos! —exclamó, pero inmediatamente se tapó la boca y levantó sus cejas, sonriendo—. Perdón, quiero decir amigos, ¿verdad? Porque a ustedes los niños se les debe tratar con igualdad.

Ellos no tenían idea qué responder. Por suerte, habló la juvenil mamá.

—Ay, Pelado, que eres nulo. Al enunciar la diferencia acentúas la disyuntiva generacional.

Mauricio no entendió ni jota lo que le quiso decir esa señora a su marido. Al parecer, la Jose menos aún, porque le preguntó a su hermano al oído:

—¿Le dijo *mulo*?

El niño humano tuvo que apretar los labios para que no se le saliera la risa. La niña biónica se dirigió a sus padres:

—Van a venir otros amigos también. ¿Puede ser?

—Bueno, si ya los convidaste tendrá que ser, ¿cierto? —respondió la mamá—. Lo único que les pido es que no desordenen toda la casa —agregó y se volvió a sentar.

El papá de la justiciera también volvió a tenderse sobre su silla-cama.

Pelusa 79

—Sí, hija, recuerda que así como nosotros respetamos tu espacio vital, tú debes hacer lo mismo con el nuestro. Así mantenemos la sana convivencia. ¿Estamos de acuerdo?

—Vamos a jugar en el segundo piso —respondió rápidamente ella.

—Vero —dijo la mamá—, antes que te desaparezcas, pásame los cigarros, por favor. Los dejé en la mesa Ruhlmann, al lado de la lámpara Marcel Breuer.

La niña superpoderosa caminó hacia el comedor, pero su mamá la interrumpió.

—No, linda. ¿Para dónde vas? Esa mesa es la Alvar Aalto. ¿Dónde está recostado tu papá? —hizo una pausa esperando una respuesta que no llegó, luego dijo en tono de profesora— En el diván Le Corbusier. ¿Cierto? Bueno, detrás de tu papá está la mesa Jacques Emile Ruhlmann, la que tiene la silla Harry Bertoia.

Josefina, nuevamente, le habló en secreto a su hermano.

—Oye, qué increíble. Aquí todos los muebles tienen nombre. Y nosotros que todavía no le inventamos uno a la tortuga y ya va a cumplir cuatro años.

Mauricio asintió porque estaba igual de impresionado. La niña muy poderosa, pero que no se sabía los nombres de sus muebles, tomó la cajetilla y

Pelusa 79

se la llevó a su mamá. Luego salió rápidamente del living y los otros dos niños la siguieron. Los llevó hasta la extraña puerta plateada.

—Éste es el ascensor. Yo nunca lo uso porque me parece inútil tener un ascensor en una casa de dos pisos —dijo, luego apretó el botón y se abrió la puerta—. Pero creo que para nuestros Incautos especímenes oblivoluntarios puede ser entretenido. ¿Les parece bien?

Los dos hermanos movieron la cabeza de arriba para abajo con la boca abierta.

En el segundo piso, Verónica la niña biónica les detalló el plan. La Jose debía esconderse en una de las piezas, y cuando escuchara que por el pasillo llevaban al oblivoluntario, entonces debía gritar como desaforada y hacer aullidos espectrales. En la pieza del fondo, la del colchón, instalarían el Juego de la muerte fatal.

—¿No te retaron tus papás por lo de las ranas? —preguntó el niño.

—No —respondió mientras se encaramaba en una silla, al parecer sin nombre—. Nunca me retan, son demasiado comprensivos.

A Mauricio le llamó la atención el énfasis que había puesto en la palabra demasiado.

—¿Y la señora Begoña? ¿No está enojada?

Pelusa 79

La superniña se empinaba para pegar con cinta adhesiva una larga tira de lana negra, que caía desde el techo hasta el suelo.

—¿La Begoña? No... ella es tan buena. Ahora debe estar preparando los sándwiches.

Entre los tres siguieron pegando más tiras de lana. Cuando fuera de noche, y con las luces apagadas, el pasillo parecería un tenebroso túnel lleno de telarañas terroríficas. Para trasladar a los Incautos especímenes oblivoluntarios, a la superheroína se le ocurrió la genial idea de traer un carro que se usaba normalmente para llevar cajas, pero que servía perfecto porque tenía ruedas, unos fierros para manejarlo y hasta se inclinaba hacia atrás. Los pondrían sentados y los amarrarían con un cordel para que no se cayeran ni se arrancaran.

Todo estaba listo y dispuesto, cuando oyeron el timbre.

—¡Los incautos! —dijo la paladina llena de entusiasmo, y bajó corriendo por la escalera. Antes que su tutora se le adelantara, ella gritó al pasar cerca de la cocina— ¡Voy yo, Begoña!

Frenó en seco frente a la puerta principal. Antes de abrir se peinó la chasquilla, se apretó el moño y se arregló la capa brillante. Llegaron los dos hermanos y se pararon uno a cada lado de ella. La superheroína giró la manilla, dejó que la puerta se abriera por su

Pelusa 79

propio peso y se puso las manos en la cintura, parada muy derecha.

Al otro lado estaban ellos, los Incautos especímenes oblivoluntarios, también conocidos como Felipe, Calalo, Jazmina y, por supuesto, Silviana. Ella también estaba parada al centro y al frente de su grupo.

Hubo un momento de silencio. La niña popular miró de arriba hasta abajo a la superniña, analizando cada detalle. Lo mismo hizo Verónica la niña biónica. Parecía como si se estuvieran sacando una fotocopia o haciéndose un escáner.

Allí estaban ellos. Calalo y Felipe con cara de asustados, Jazmina mirando despectiva hacia el interior de la casa y Silviana con un vestido azul marino, tan liso y suave como su pelo. Pobres incautos, no sabían lo que les esperaba.

Pelusa 79

—¡Bienvenidos! —dijo la dueña de casa—.
¡Pasen a conocer la Ultramansión siniestra ilusoria!

Los llevó hasta la cocina, donde Begoña esperaba con una mesa llena de panes con jamón y queso, palta y mermelada de mora. Había jugo de frambuesa y también del verde, que era de kiwi. A Felipe y Calalo se les quitó todo el susto y se abalanzaron sobre la comida. La tutora estaba encantada de ver niños con tanto apetito y que zampaban con tanta fruición. Silviana se sentó en el borde del asiento y estuvo quieta sin tocar nada. La Jose ya había desaparecido silenciosamente. Jazmina se quedó de pie e interpeló a Verónica la niña biónica.

—Bueno, ¿y a qué hora va a empezar la función?

—No es una función —le respondió mirándola a los ojos—. Es una experiencia trascendental y apocalíptica, que no se les va a olvidar nunca más en la vida.

—¡Yo ya descubrí tu técnica! —saltó la fastidiosa—. Hablas con palabras enredadas para que no te entendamos, pero yo sé que todo esto es un engaño. Además, yo también conozco palabras difíciles, porque veo mucha televisión y aprendo con

Pelusa 79

las teleseries. Con respecto a tu mansión siniestra puedo decir, por ejemplo, ¡que es una falsa!

La superniña sonrió. —Una farsa, querrás decir, sabihonda de las teleseries. ¿Pero por qué, en vez de chacharear, mejor no comenzamos de inmediato con el tratamiento... digo, con la experiencia? —dijo y se acercó a la niña arrogante—. ¿Te gustaría ir a ti primero, Jazmina?

Ella dio un paso atrás y topó con la mesa. Calalo y Felipe pararon de engullir y se miraron el uno al otro. Silviana observó muy atenta, inmóvil.

—Pero... ¿por qué tengo que ser yo sola? ¿Acaso no podemos ir todos juntos?

—No. Es de a uno.

Felipe y Calalo agacharon las cabezas y se escondieron detrás de sus panes.

—¿Y por qué tiene que ser de a uno? —insistió Jazmina.

—Porque así es —respondió la niña biónica, con un tono de voz que demostraba que era una verdadera superhéroe.

—Yo me ofrezco para ser la primera —habló Silviana—. Si así son las reglas, hay que respetarlas, ¿o no, Jazmi?

Cerraron la puerta de la cocina y llevaron a la niña linda hasta la puerta metálica.

—Muy bien, Silvia.

Pelusa 79

—Silviana —interrumpió.

—Bueno, como sea —respondió la superheroína—. Aquí comienza tu aventura en la Ultramansión siniestra ilusoria. Esto quizás te parece un ascensor como cualquier otro. Pero qué raro un ascensor en una casa, ¿cierto?

—No sé, supongo.

—Claro que es extraño, es ilógico. ¿Y quieres saber por qué? —hizo una pausa—. Porque no es un ascensor, es una tumba. Sí, una tumba. Y como esta no es una simple mansión siniestra, sino que una ultramansión, entonces esta no es una tumba común y corriente. Es una ultratumba. Ahora apretaré el botón y entraremos los tres. Sentirás como si la ultratumba subiera, pero en realidad estaremos bajando a una velocidad ultrasónica. Mil novecientos setenta y nueve subterráneos... hasta llegar al laboratorio secreto donde está el Juego de la muerte fatal.

La niña biónica habló en forma tan seria, que hasta a Mauricio le dio un poco de miedo.

Al abrirse la puerta se encontraron con un pasillo totalmente oscuro. Al lado de la ultratumba estaba el carro para transportar Incautos especímenes oblivoluntarios. Verónica la niña biónica le explicó que debía subirse en él.

—¿Por qué tienen que amarrarme? Yo no quiero —dijo Silviana.

Pelusa 79

—Es por tu propia seguridad. Hay muchos peligros en esta ultramansión, y no queremos que te mueras. Por lo menos no todavía, debemos llegar hasta el Laboratorio de la muerte fatal.

Silviana se sentó en el carro. Se quedó quieta. Su respiración era rápida y tenía los ojos brillantes. A Mauricio se le apretó el corazón al verla tan angustiada y trató de calmarla.

—Tranquila, no te va a pasar nada.

Ella no respondió.

Comenzaron a avanzar lentamente, cada uno empujando una manilla. Silviana iba inclinada hacia atrás, apresada con las amarras.

Como apenas podían ver, se desviaron hacia un lado y chocaron con el muro.

—¡Ay, tengan más cuidado! ¡Ay, mi rodilla!

—No seas tan reclamona, Silvia. No fue nuestra culpa —dijo la superniña—. Debe haber sido un espíritu maligno que nos empujó contra la muralla. Este subterráneo está repleto de espectros revoltosos.

Retrocedieron un poco, la dueña de casa le hizo una seña a Mauricio, enmendaron el rumbo y siguieron el siniestro recorrido. Pasaron frente a la penúltima puerta. En ese instante, desde su interior se escucharon unos alaridos espeluznantes, terroríficos, horripilantes.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos? —preguntó la incauta.

Pelusa 79

—No es nada. Ahí se guarda a los zombis. A veces pasa que falla el sistema y los pacientes quedan a mitad de camino entre muertos y vivos... en un estado de eterno sufrimiento y con dolores insoportables. —¡Ya no quiero ir más! Me arrepiento. Bájenme ahora mismo.

—No te asustes —continuó la líder—. Sólo ha ocurrido unas pocas veces. No creo que vaya a pasar ahora.

Luego tocó la parte de las telarañas, que no se veían, pero que Silviana sí las sintió rozando su cara y su pelo.

—¡Aaahhh! ¿Qué es eso? —vociferó—. ¡Qué asco, quítenmelo!

Como la oblivoluntaria chillaba y se sacudía en el carro, aceleraron para llegar cuanto antes a la última pieza, la del Laboratorio de la muerte fatal. Entraron y Verónica la niña biónica cerró la puerta con pestillo.

—Éste es el sensor de Influenza hipnótica colchonótica —dijo la superhéroe, mientras desataban a Silviana—. Tienes que acostarte por tu propia voluntad. ¿Te atreves?

—No.

—¿Cómo que no? ¿Hicimos toda esta faramalla para que ahora te acobardes?

—Es que me da susto.

Pelusa 79

—No, no tengas miedo. Además, todos nos vamos a morir algún día, ¿verdad?

—Sí, claro, pero... —dijo la niña, que seguía linda y muy peinada, pero que tenía cada vez más terror.

—Pero nada. Piensa que tú vas a tener la posibilidad de morirte dos veces, ahora y cuando seas vieja. Te sirve como ensayo.

—Bueno.

Mansamente, Silviana se recostó sobre el colchón de Begoña. Mauricio le susurró a la superniña:

—¿No se nos estará pasando la mano?

—No, si es solamente una broma. Recuerda que todo esto lo hacemos para salvar a la pobre Begoña del influjo maligno del Hombre Almohadón. Tenemos que comprobar si este colchón transmite la maldad y por eso es que le estamos pidiendo ayuda a esta niña. A mí también me da pena que se asuste, pero es por el bien de la humanidad. Debemos llevar a cabo el Tratamiento detector de malosidad.

Hubo un largo silencio.

—¿Sientes algo raro? —preguntó la invencible.

—No, nada —respondió Silviana, con voz temblorosa.

—¿Te sientes mala? ¿Te dan ganas de hacer maldades?

Pelusa 79

—No. ¿Por qué me hacen esas preguntas tan raras? Ya no quiero jugar más, me quiero ir.

Verónica la niña biónica le habló en secreto a Mauricio:

—Hay problemas. Seguramente, el efecto malificador del colchón es paulatino. Begoña durmió varias noches en él, y de a poco se fue poniendo atolondrada. Se me ocurre una idea para acelerar el proceso, pero es bastante radical. ¿Quieres conocerla?

Mauricio estaba confundido.

—Está bien —respondió.

Ella le explicó el nuevo plan al oído mientras la incauta esperaba en el colchón. Dejaron de lado el tratamiento convencional y pasaron al Tratamiento extraacelerado detector de malosidad.

—¿Por qué conversan tanto? —preguntó Silviana—. Parece que la Jazmi tenía razón, todo esto es una gran mentira. ¿O no, Mauricio?

El se quedó mudo. Fue la superniña quien contestó.

—No, si ahora viene la mejor parte —dijo poniendo voz simpática—. Pero para eso tienes que levantarte y cerrar los ojos.

—Ya no les creo nada, así que hagan lo que quieran.

—Eso mismo vamos a hacer, no te preocupes.

Pelusa 79

La agraciada niña se puso de pie y juntó sus párpados. La tomaron uno de cada mano y la guiaron en la penumbra hasta pararla frente a un clóset. Mientras Mauricio la sostenía, Verónica la niña biónica abrió las dos puertas. El niño humano sentía latir su corazón muy fuerte, un poco por tomarle la mano a la niña del curso que a todos les gustaba, y mucho por lo que iban a hacer.

—Ya —dijo la de los superpoderes—. Ahora tienes que dar un paso hacia adelante.

Ella obedeció.

—Espera un minuto... Cinco segundos, nada más... ¡Ya estamos casi listos! ¡No falta nada! —mientras decía esto levantaron el colchón y lo pusieron de pie, justo detrás de la víctima—. ¡Ahora! Uno... dos... y... ¡¡¡tres!!!

Entonces empujaron el colchón y aplastaron a Silviana contra el fondo del clóset. Antes que alcanzara a reaccionar, cada uno cerró una puerta, o mejor dicho intentó cerrarla, porque dentro del clóset no había espacio suficiente para el colchón y la incauta especimen oblivoluntaria. Comenzó un forcejeo fenomenal. Por un lado estaba la niña del pelo suave y terso gritando y tratando de escapar, y por otro estaban los organizadores del tratamiento intentando estrujarla contra el colchón lo suficiente como para comprobar si se le pegaba la maldad o no.

Pelusa 79

—¡Auxilio! —lloraba Silviana a gritos—. ¡Sáquenme de aquí! ¡Me asfixio! ¡Me voy a morir!

—¡Pero si de eso se trata! —le respondió Verónica la niña biónica.

Finalmente no pudieron cerrar por completo el clóset. Mauricio soltó su puerta y al verlo, la superniña hizo lo mismo. El colchón cayó pesadamente sobre la alfombra y sobre él, Silviana. De un salto se levantó la



Pelusa 79

incauta. Estaba enfurecida, con la cara llena de lágrimas. Bruscamente, quitó el pestillo y salió corriendo y gritando por el pasillo. Llegó al ascensor, dentro del cual estaban Jazmina, Calalo y Felipe con cara de espantados. Alcanzó a impedir que se cerrara la puerta y entró furiosa. Se dio media vuelta para mirar de frente a sus captores. Resoplaba y su cara



estaba roja de rabia. Tenía el pelo totalmente desordenado y chascón.

Pelusa 79

—¡Desquiciados! ¡Son un par de maniáticos!
¡Me las van a pagar! ¡Los voy a acusar a los dos!
¡Especialmente a ti, Mauricio! ¡Te vas arrepentir por el
resto de tu vida!

—Pero si viniste a una mansión siniestra,
¿acaso no esperabas asustarte? —dijo la superheroína.

—¡Cállate, estrafalaria!

La puerta automática comenzó a cerrarse.
Verónica la niña biónica dijo la última frase:

—Chao, Silvia, te quedó precioso tu nuevo
estilo de peinado.

Ella no tuvo tiempo de responder, y sólo se oyó
un chillido a medida que el ascensor bajaba.

La superniña encendió la luz. Mauricio y ella
caminaron por el pasillo para avisarle a la Jose que ya
podía salir de su escondite. Al llegar frente a la puerta,
los sorprendió un alarido quejumbroso. Entraron y
vieron a Josefina tumbada sobre la cama. Se había
tapado las piernas con su propia chaqueta. Estaba
medio dormida, pero seguía profiriendo las
exclamaciones espectrales que le correspondían. —
Josefina —la llamó Mauricio. Ella se sentó de un salto.
—Hola. ¿Ya terminamos? —preguntó con los ojos
cerrados.

—Bueno, se podría decir que sí —le respondió
su hermano.

Pelusa 79

—Perdonen, es que me dio un poco de sueño y me acosté. Pero un momento solamente.

La niña biónica se sentó junto a ella y le ordenó el pelo.

Pelusa 79

Supermuertos de la risa

—No te preocupes. ¡Lo hiciste muy bien!
—¿En serio? —dijo sonriendo y esforzándose en separar las pestañas.

—Excelente —aseveró Mauricio.

—¡Pobrecita! —continuó Verónica la niña biónica—. Estás muerta de sueño.

—Sí —respondió—. Yo también pensé eso: al principio esta era la pieza de los muertos de la risa, porque yo estaba entretenida y escuchaba los chillidos de una niña, no sé cuál... pero después era la pieza de los muertos de sueño. Perdón.

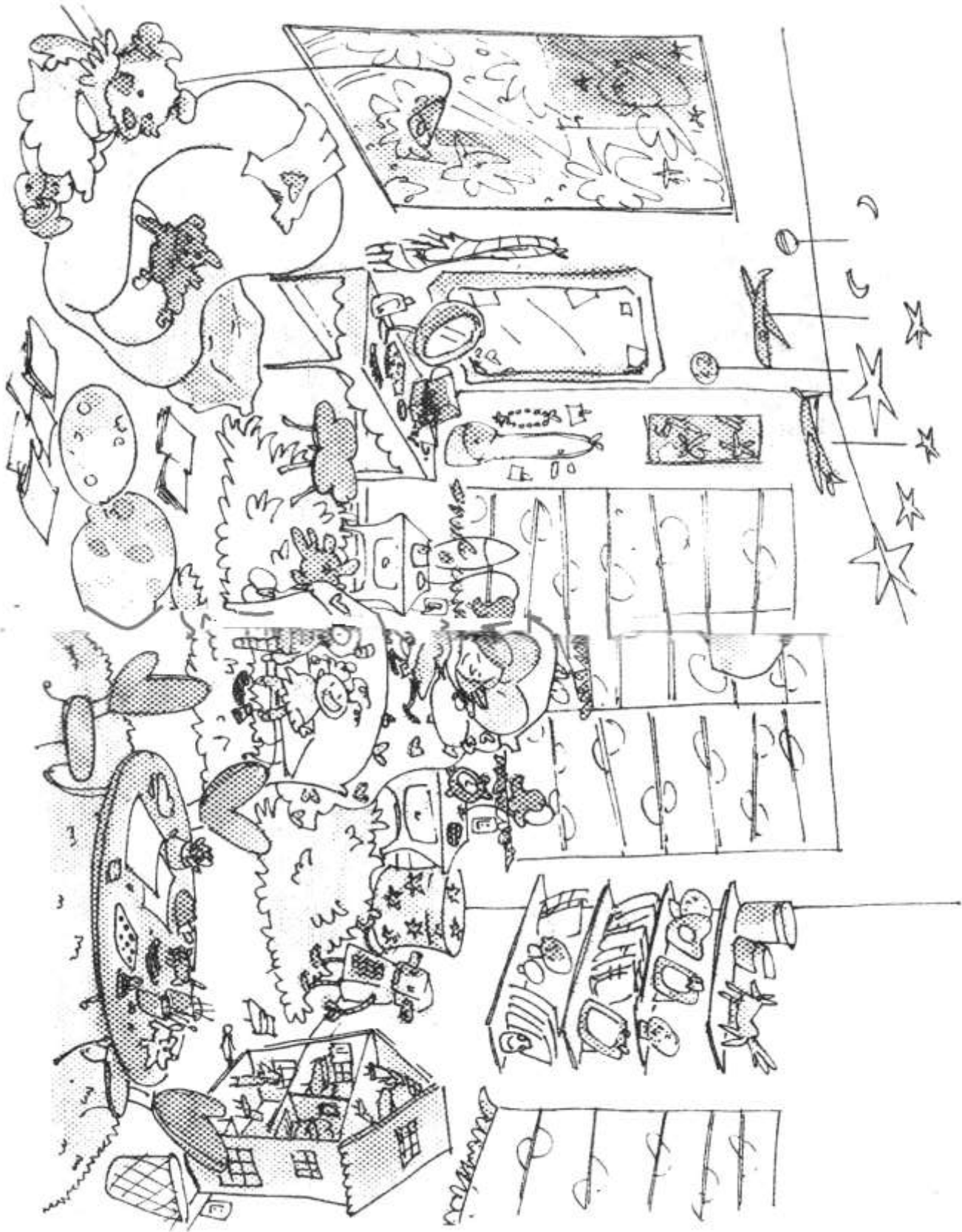
La heroína la tomó en brazos.

—Y ahora es la de los muertos de hambre. Pobre Jose, no has comido nada, ¿cierto? Todo es culpa mía, yo le dije a la Begoña que no subiera al segundo piso. Vamos a la cocina para que te prepare algo rico, ¿bueno?

Josefina movió afirmativamente su cabeza, que estaba apoyada sobre el hombro de la superpoderosa.

—¿Y no vamos a ordenar? —interrumpió Mauricio—. Acuérdate lo que dijo tu mamá.

—Ah, verdad. Pero le decimos a la Begoña que limpie el desorden.



Pelusa 79

—¿Le vamos a pedir que le prepare comida especialmente a la Jose y más encima la vamos a hacer limpiar?

—Tienes razón, es mucho. Bueno, dejemos a la Jose en la cocina con la Begoña y nosotros volvemos a hacer el aseo.

Entre los dos no se demoraron mucho en ordenar el desparramo.

—Estoy con cargo de conciencia por lo que le hicimos a Silviana —dijo el humano mientras ponían el colchón en su lugar.

—Ella es una alharaca. Si todo era un juego.

Apagaron la luz de la pieza-laboratorio y salieron al pasillo iluminado.

—Pero la aplastamos con el colchón. Yo creo que ahí se nos pasó la mano.

—Puede ser —dijo ella tirando de un salto las lianas de mentira—. No hay que olvidar que lo hacemos por el bien de la humanidad.

Mauricio se percató que no era necesario saltar para despegar las hebras que colgaban del techo, ya que llegaban hasta el suelo. Supuso que ese era su estilo, iba a preguntarle, pero prefirió no salirse del tema.

—Yo confío en tus buenas intenciones, Verobiónica, pero también tengo que pensar en el bien

Pelusa 79

de mi propia humanidad. Silviana y Jazmina, de todas maneras, van a planear algo para vengarse.

—Recuerda que tú eres mi aliado, y además mi amigo. Yo siempre te protegeré —le dijo al mismo tiempo que juntaba todas las lanas en un gran ovillo enmarañado—. En todo caso... lo pasamos bastante bien, ¿cierto? —comentó sonriendo cómplice.

La boca de Mauricio también tomó la forma de una sonrisa y se paró más derecho.

—Es la pura verdad. ¿Viste la cara de rabia de Silviana en el ascensor? Estaba enfurecida.

Ella se sentó en el suelo con la madeja en la mano y comenzó a reírse.

—¡Sí, qué buena! Y su amiga insoportable estaba igual de enojada.

Mauricio también se acomodó sobre la alfombra y apoyó su espalda en la pared. Mientras más se reía uno, más ganas le daban al otro de reírse.

—Lo mejor fue lo que le dijiste del peinado. ¡Fue genial! —exclamó Mauricio a carcajadas.

—¡Y justo cuando se iba cerrando la puerta, vi que uno de tus amigos se reía, pero agachó la cabeza para que no lo descubrieran el par de antipáticas! —
¿Cuál?

—El de pelo negro.

—¡Ah, Felipe! Él y Calalo son muy simpáticos. En el fondo yo creo que lo pasaron súper bien.

Pelusa 79

Se quedaron callados, mirándose. Luego, Verónica la niña biónica fijó la vista en el pelotón de lana y habló más seria.

—En todo caso, todavía no hemos resuelto el misterio. Bueno, al parecer el colchón sí transmite la maldad, o al menos la pataleta, porque esa niña que se veía tan dócil y bondadosa, al final terminó hecha una fiera

—dijo y volvió a sonreír.

—¿Y el Hombre Almohadón? ¿Qué vamos a hacer para capturarlo? ¿Te acuerdas que yo dije que tu plan no era tan bueno que digamos?

Ella lo miró y se rió.

—En realidad, era bastante malo —los dos rieron—. Mejor dicho, era pésimo... pero se me han ocurrido otros mejores.

A Mauricio le divirtió el comentario y se dejó caer de lado, apoyando su cara en la alfombra. Ella se puso de pie, se acomodó la capa y la cartera, y cruzó los brazos.

—Pensemos. La colchonosis maligna sí es contagiosa —dijo con el tono formal de los superhéroes.

—Entonces, hay que impedir que la señorita Begoña se acueste de nuevo en esa cama —dijo él.

—¡No! Nada de eso. Se me ocurre algo mejor: dejamos que siga durmiendo tal como hasta ahora.

Pelusa 79

Cuando salga a uno de sus paseos misteriosos, la seguimos en secreto. Ella misma nos guiará hasta algún lugar clandestino y seguramente allí obtendremos suficientes pistas para resolver el caso. Este puede ser nuestro nuevo plan. Me quedó mejor que el otro, ¿cierto?

Pelusa 79

El niño invisible



Con tanto sueño, a Mauricio le costó mucho levantarse y llegó justo antes que cerraran el portón del colegio. Entró último a la sala y corrió a sentarse en su puesto. Allí se encontró con una desagradable sorpresa.

—Está ocupado —le dijo Jazmina apoltronada en la silla.

Más raro aún fue que, después de hablarle, se tapó la boca como si se le hubiera escapado un secreto y miró directo a Silviana, que estaba en su lugar de siempre junto a la ventana, pero con otra de sus amigas al lado.

Pelusa 79



Mauricio levantó la vista sin entender y se percató que el profesor Godoy aún no había llegado. Eso también era extraño, porque el profesor Godoy siempre había sido puntual. Observó a sus compañeros. Estaban todos sentados quietos mirándolo directamente a él. Todos excepto Calalo y Felipe, que tenían la cabeza gacha, con los ojos fijos en sus bancos.

Eso ya era demasiado, el colmo de lo insólito. El par de flojos haciéndose los estudiosos... ¡y peor aún! ¡Ni siquiera tenían un cuaderno abierto como para disimular, por lo menos! Hasta para dárseles de esforzados eran holgazanes.



Caminó lento y desconcertado hasta el único puesto que quedaba libre, detrás de los dos genios que estudiaban sin cuaderno ni libro. Era un banco solo, y parecía como si lo hubiesen puesto ahí intencionalmente.

—¡Felipe! —susurró—. ¡Calalo! ¿Están sordos? ¡Hola, estoy aquí! Parece que me convertí en el niño invisible.

El curso completo estaba mudo, y eso que no había profesor que los estuviera cuidando. Felipe sacó un papel medio arrugado de su bolsillo y anotó con su inentendible y espantosa letra:

«No te podemos hablar»

Pelusa 79

—¿Y por qué no? —preguntó Mauricio después de leer el mensaje.

Silencio. Los dos amigotes le daban la espalda. De pronto, Felipe le hizo un gesto para que le devolviera el papel. Escribió algo más y lo dejó caer hacia atrás con disimulo.

«Es que te estamos haciendo la ley del hielo»

—¿La ley del hielo? —se le salió a Mauricio, demasiado fuerte. Tanto que el resto del curso se dio cuenta del secreto diálogo y volcaron sus miradas incisivas hacia ellos. Felipe se puso la mano en la frente para hacerse el concentrado en cualquier cosa. Ahora fue Calalo el que pidió de vuelta el colegial sistema de correo y añadió a lo anterior:

«Si, la ley del hielo. La Silviana y la Jazmina contaron lo de anoche y decidieron que tu castigo es que no te hablemos nunca más»

Mientras Calalo escribía, el otro iba leyendo. Antes que le pasara el papel a Mauricio, Felipe lo tomó y agregó:

«Pero cuando seamos grandes podemos volver a conversar, te lo prometemos»

Pelusa 79

Calalo le quitó el pedazo de cuaderno de las manos.

«Obvio que sí. No le hagas caso a este pánfilo. Es por mientras, nada más. En el recreo nos juntamos en el baño y hablamos»

Felipe tironeó el manuscrito.

«No soy un pánfilo. Eso lo será Calalo. Si lo de hablar cuando grandes era broma. Lo que pasa es que este pánfilo (porque él sí es pánfilo) entiende todo al revés, y más encima...»

Mauricio no soportó más la ineptitud de la dupla y les arrebató el papel para leerlo en silencio. Sintió algo amargo en el estómago y la garganta apretada, y como si le estuvieran aplastando la cabeza con una prensa. En ese momento apareció el profesor Godoy. Atrasado, con cara de sueño, ojeroso y hasta sin afeitar. Tenía puesta la misma chaqueta *nueva-vieja* de toda la semana.

—Perdónenme, niños. Realmente no sé qué decirles, les pido disculpas...

Las restantes palabras, Mauricio no las escuchó. Veía al profesor Godoy moviendo la boca, pero los latidos de su corazón eran tan fuertes que no podía oírlo. Las manos le tiritaban, así que no podía

Pelusa 79

escribir. Estuvo así la clase completa, sin copiar una sola letra de lo que estaba escrito en el pizarrón.

Cuando tocó la campana para el recreo salió corriendo. Pero en vez de ir al baño a juntarse con sus amigos mudos, se arrancó a su casa y se encerró en su pieza.

—¿Mauricio? —sintió la voz de su mamá que tocaba la puerta—. Hijo, ¿puedo pasar?

—Sí, mamá.

Ella entró y se sentó sobre la cama. —¿Te pasó algo? ¿Por qué no estás en el colegio?

—No quiero volver, mamá. ¿Puedo quedarme contigo?

Mauricio nunca faltaba a clases, a menos que fuese por una razón totalmente justificada. Por eso su mamá le permitió quedarse en la casa. Conversaron y regalonearon. Ella trajo una bandeja al dormitorio y almorzaron juntos. Entonces llegó Josefina.

—Hola, mamá; hola, Mauricio —les dijo y les dio un beso a cada uno—. ¿Por qué te viniste temprano?

—Tu hermano no se sentía bien. ¿Quieres algo para comer?

—No, gracias, no tengo hambre —dijo y puso su bolsón sobre la cama—. Mauricio, afuera está la Vero.

Pelusa 79

—¿La Vero? ¿Y quiere hablar conmigo? —Sí. Me la encontré en la plaza, está esperándote.

Él acurrucó la cabeza en el regazo de su madre.

—Mamá, no quiero verla ahora. Ella le hizo cariño en el pelo. —Hijo, haz un esfuerzo. Si ella vino a verte, lo correcto es que vayas a saludarla.

—No sé, mamá. No tengo muchas ganas.

—Lo que pasa es que a Mauricio le gusta la Silviana —dijo Josefina—, igual que a todos los de su curso.

—Nada que ver, no es eso. O sea, no sé, no estoy seguro. Tengo que pensarlo. ¿Tú qué opinas de ella, Jose?

—Silviana es linda, pero es muy creída. En cambio, la Vero es simpática y divertida, además de bonita. Yo prefiero que te cases con ella.

—¡Casarme! Las cosas que dices, Josefina. ¿Cómo voy a casarme, si soy un niño?

—Sí, porfa, cástate con la Vero.

—Ayayay, esta niña —dijo Mauricio sonriendo y se levantó—. Está bien, voy a ver qué quiere. Pero eso no significa que me vaya a casar con ella, ni mucho menos. ¿De acuerdo? —Bueno.

Afuera lo esperaba la superniña con una sonrisa en la cara. Tenía los brazos detrás de la espalda y se balanceaba moviendo su cartera rosada. Glóbulo, el

Pelusa 79

perro atómico, estaba echado en el suelo rascándose una oreja con la pata de atrás.

—¡Hola! —le dijo la paladina de la justicia.

—Hola —respondió—. ¿Cómo estás?

—Súper. ¿Y tú? —Bien; o sea, mejor.

—¿Puedes salir? —preguntó ella.

—¿Salir? ¿A alguna misión?

—No. Hoy me tomé la tarde libre. ¿Quieres ir a pasear?

—¿A pasear?

—Sí. A pasear, a jugar. A pasarlo bien. ¿Quieres?

Mauricio pensó un momento. El día estaba precioso. Podrían andar en bicicleta. Podrían subir al Pulpo. Hasta podrían ir de pesca.

—Está bien, vamos.

Pelusa 79

Aquel fue un día espectacular.

Primero pedalearon por el Túnel del tiempo. Tenían que esperar a Glóbulo porque se cansaba o se tropezaba. Luego llegaron al Pulpo. Mauricio sacó sus aperos y se puso a pescar. Verónica la niña biónica pidió que la esperara un momento. Al rato volvió con unas cuerdas y un pedazo de género.

—¿Y eso para qué es? —preguntó el pescador.

—Tuve una idea. Podríamos hacer columpios y colgarlos en una rama del Pulpo.

—¡Genial!

Se columpiaron mucho rato, cada vez más fuerte. A Mauricio se le ocurrió saltar y caer en el río Porrazo. Quedó empapado, pero no le importó. Dejó su polera, sus zapatillas y calcetines secando al sol. Cada uno tenía su propio columpio, y jugaron a tirarse al río una y otra vez. Primero caían tal como venían. Después aprendieron a caer de bombazo y hasta de piquero.

—Estamos hechos unos expertos —dijo la superheroína.

—Sí —respondió Mauricio saliendo del agua—. Tengo una idea para un salto fantástico, pero no sé si será posible.

—¿Cómo es? ¿Cómo es?

Pelusa 79



Él le explicó cómo se lo imaginaba. Consistía en tomar mucho vuelo, hacer un salto mortal en el aire y caer en clavado. Lo llamó la Voltereta fabulosa.

—¡Oh, pero eso es muy arriesgado!

A Mauricio le sorprendió que a ella, que hasta podía volar, le pareciera peligroso un salto, por difícil que fuera.

—Voy a intentarlo —dijo decidido.

—Ten cuidado, por favor.

Se subió al columpio y tomó vuelo. Mucho vuelo. Tanto que parecía que iba a dar la vuelta completa a la rama. Entonces saltó. Salió disparado por el aire y comenzó a girar. Giró mucho. ¡Demasiado! Cayó sobre el agua como una alcachofa. Hasta Glóbulo se tapó los ojos.

—¿Te pasó algo? —preguntó la superniña muy preocupada.

—No, estoy bien —respondió desde el agua—. Fue un buen costalazo, pero creo que estoy entero.

Se pusieron la ropa seca y pescaron un rato. Mauricio le enseñó todas las técnicas. Sacaron cinco peces y los echaron en el balde con agua. Más tarde juntaron todo y subieron hasta



Pelusa 79



el séptimo nivel del Pulpo.

—Este paseo fue una excelente idea —dijo él mientras miraban el atardecer desde las alturas—. Muchas gracias, Verobiónica, lo pasé increíble.

—De nada, yo también. Qué bueno que ahora estés contento.

Mauricio bajó la vista.

—Sí, ahora estoy contento, pero mañana no sé lo que me espera en el colegio.

—¿Tú crees que te van a molestar?

—No sé, supongo que no. Pero tal vez Silviana nunca me vuelva a hablar. Quizás qué cosas terribles va a anotar en su diario de vida sobre mí.

La niña biónica resopló y también miró hacia abajo.

—Ella te gusta, ¿cierto?

—No. No sé. No estoy seguro.

—Es muy fácil saberlo.

Él se sorprendió y la miró a los ojos.

—¿Muy fácil? ¿Cómo? Ella se acomodó la cartera.

—Para saber si te gusta alguien tienes que fijarte en dos cosas. Primero, si no estás con esa

Pelusa 79

persona, te dan ganas de verla. Y segundo, si estás con ella, te dan ganas todo el rato de darle un beso.

Mauricio se sorprendió aún más con semejante respuesta.

Miró directo a la superniña y se dio cuenta que estaba roja de vergüenza. En ese preciso momento se escucharon pasos a lo lejos.

Pelusa 79



— ¡Shhh! Verobiónica, alguien viene.

—¡Alerta, alarma, código rojo! —exclamó la justiciera.

—Sí, lo que tú quieras, pero ¡shhh!

Se quedaron en silencio y observaron dos sombras acercándose. Los tétricos personajes se detuvieron justo debajo de ellos. No podían distinguirlos bien, porque las ramas del Pulpo les tapaban la visibilidad.

—¡Mira, qué lindos los columpios! Podemos sentarnos aquí —dijo una voz de mujer.

—¡Invasión! —dijo la superniña.

—¡Shhh! —replicó Mauricio, poniendo el dedo índice sobre sus labios—. Nos van a pillar.

Verónica la niña biónica trató de oír lo que decían, pero era difícil porque la voz femenina se enredaba con una voz de hombre.

—¿No será, acaso, el Hombre Almohadón?

Pelusa 79

—Ha regresado —contestó ella—. Jamás pensé que ésta fuese su Guarida secreta.

—Usa tu superoído para saber qué están tramando —propuso el niño.

—¿Mi superoído? Ah, sí, mi superoído... Es que tengo un poco de otitis, pero la voz de ella me parece muy familiar.

El hombre misterioso hacía unos gestos sumamente extraños. Levantaba los brazos, trotaba en círculos y después hacía como que boxeaba.

—Definitivamente debe ser el Hombre Almohadón, ¿cierto, Verobiónica?

—Ya lo creo —respondió ella.

Al parecer, el baile pugilístico del hombre misterioso le hizo gracia a la mujer, porque soltó una carcajada y echó su cabeza hacia atrás para balancearse en el columpio. Entonces, la heroína reconoció su cara.

—¡Es Begoña!

Al creer oír su nombre, Begoña miró hacia arriba y escudriñó entre el follaje. Ellos se agazaparon y se quedaron inmóviles donde estaban, en la rama más alta del Pulpo. El hombre se acercó a la orilla del río y examinó el árbol de arriba a abajo. Era imposible que los descubriera.

Pelusa 79

—Debe haber sido un búho, o algún otro animal del bosque. O una rana, no te imaginas los sonidos extraños que pueden hacer ciertas ranas.

Pasado el peligro, Mauricio y Verónica la niña biónica respiraron aliviados.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó desesperado el niño convencional.

—Es peor de lo que pensaba. El Hombre Almohadón está hipnotizando a Begoña para convertirla en malosa.

Mauricio estaba consternado. Volvió a observar al villano y se percató que tenía puesta una chaqueta de cotelé, café claro y con unos parches en los codos.

—¡Es el profesor Godoy! El profesor simpático del que te hablé. Él no puede ser un maloso.

—Mauricio, yo sé que es terrible enfrentarlo, pero incluso las personas que uno menos se espera pueden ser malandrines y tener una doble personalidad.

—Bueno, pero la doble vida también la tienen los superhéroes, ¿cierto?

—Perspicaz eres, joven aprendiz —dijo y apoyó su cara sobre la palma de su mano para pensar mejor—. Otra alternativa es que en realidad no sea el profesor Godoy, sino que el Hombre Almohadón haya tomado su forma.

Pelusa 79

—No lo sé. Mejor no hagamos nada si no estamos seguros.

El profesor Godoy, o el Hombre Almohadón, o quien fuera, comenzó nuevamente a hacer gestos raros. Caminó agachado, como si tuviera una joroba. Encrespó las manos y sus dedos parecían garfios.



Pelusa 79

Emitía un tenebroso sonido, similar a una puerta vieja que rechina lentamente. Begoña chilló de susto.

—¡Ahí está! ¡La va a atacar! —exclamó la niña superpoderosa.

—¿Y qué hacemos?

—Tirémosle el balde con los pescados.

—Es que no sé, quizás es sólo un juego.

Mauricio no podía convencerse, pero todo indicaba que su superamiga tenía la razón. Entonces, el hipnotizador se quedó quieto y se paró derecho. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un objeto oscuro.

—¡Oh, no! ¡Tiene un arma!

No cabía duda, estaban presenciando el ataque de un maloso. Debían salvar a Begoña. Cuando el impostor de profesor Godoy estiró el brazo apuntando a la inocente víctima, Mauricio arrojó todo el contenido del balde. Agua, pescados y unos cuantos gusanos de tebo cayeron sobre las cabezas del malhechor y de la tutora.

—¡Ayyy! —gritaron los dos al mismo tiempo.

—¡Toma tu merecido, maloso! ¡Eso te pasa por tratar de hipnotizar a la señorita Begoña! —exclamó el niño humano.

—¡Así se habla, Mauricio! ¡Ya estás agarrando el estilo de superhéroe!

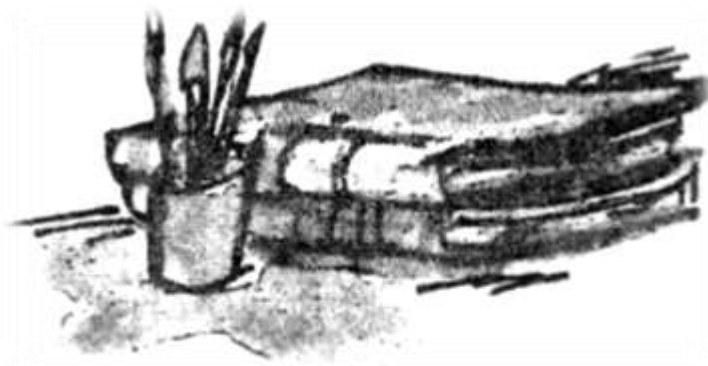
Pelusa 79

—¿Mauricio? —dijo el hombre.

—¿Señorita Verónica? —dijo la mujer.

El desenlace del episodio fue trágico. El que parecía Hombre Almohadón disfrazado de profesor Godoy era el verdadero profesor Godoy. Estaba en una cita romántica con Begoña. Los gestos extraños eran simplemente porque jugaban a adivinar películas. Para peor, justo le iba a pedir matrimonio. El objeto oscuro no era un arma, sino la caja donde estaba el anillo de compromiso. Los dos enamorados quedaron completamente empapados. Una cola de pescado se asomaba por el bolsillo de la chaqueta de cotelé del novio. El peinado de la novia quedó arruinado, con olor a trucha y a gusanos de tebo.

Pelusa 79



A la mañana siguiente, Begoña y su alumna se sentaron en el escritorio. La tutora le mostró un libro que se llamaba *Fauna chilena*.

—¡Qué lindo este animal! —dijo Verónica la niña biónica.

—Ese es un pudú —dijo la maestra—. Es el ciervo más pequeño del mundo.

—¿Y cuál es el más grande?

—No lo sé... seguramente alguno de Europa o Estados Unidos.

—Me gusta —agregó la pupila—. Es gordito y tiene las patas cortas, como Glóbulo.

Begoña le mostró otra fotografía.

—Este es un huemul. Acompaña al cóndor en nuestro escudo patrio. Está en peligro de extinción.

—¡Oh! —exclamó sorprendida la niña—. ¿Y si se nos acaban los huemules, vamos a tener que poner un pudú en nuestro escudo?

Pelusa 79

—Los pudúes también están en riesgo de extinguirse.

—¡Oh, no! —volvió a exclamar la dis- cúpula—. Entonces, si se acaban los pudúes, ¿a quién vamos a poner?

—No lo sé, señorita Verónica —respondió la profesora. Luego dio vuelta la página con delicadeza.

—¿Begoña?

—¿Sí, señorita?

—Te quiero pedir perdón de nuevo por lo de anoche.

—No hay problema, señorita. Todos podemos cometer errores.

La superniña apoyó su cabeza sobre la mesa del escritorio.

—Es que ya van dos veces que la embarramos contigo.

—Bueno, señorita Verónica, cualquiera puede confundirse. Porque fue un accidente, ¿cierto?

—Sí, un accidente totalmente casual.

—Bien, entonces asunto olvidado y sigamos con la lección.

La heroína puso los codos sobre la mesa y el mentón sobre sus manos.

—¿Begoña?

—¿Sí, señorita?

Pelusa 79

—¿Entonces, te vas a casar con el profesor Godoy?

La tutora miró por la ventana abierta. El lago brillaba tranquilo y tibio.

—Sí, por supuesto que sí —respondió con los ojos sonrientes. —¿Y por qué?

La educadora dejó de contemplar el paisaje y miró a Verónica la niña biónica.

—¿Por qué? —hizo una pausa—. Porque es educado, trabajador, me trata con respeto, me hace reír. Por eso y muchas cosas más. La niña pensó un momento en silencio.

—A mí, Mauricio también me hace reír. Me río mucho con él.

—Ay, señorita. ¿No estará un poco joven para estar pensando en esas cosas?

—Puede ser. ¿Y cuándo lo vas a ver de nuevo?

A la novia se le iluminó la cara. —El domingo es el gran día.

—¡Qué emoción! ¿Te vas a arreglar especialmente para él?

—Sí, bueno, habrá que ver. Me gustaría hacer algo con mi pelo, tal vez alisarlo. La superalumna se puso triste. —Pucha, todo por mi culpa.

—No, señorita, no se preocupe. ¡Uy, mire lo tarde que es! —dijo al consultar su reloj—. Se nos

Pelusa 79

pasó la hora conversando. Perdimos el tiempo y ya debo preparar el almuerzo.

—Yo nunca pierdo el tiempo contigo, Begoña.

—Yo tampoco, señorita Verónica —dijo y le ordenó el pelo con cariño—. Ahora tengo que ir a pelar papas, después seguimos con la clase.

La profesora dejó los libros en su sitio, bajó la escalera, entró a la cocina y se puso el delantal. Pocos minutos después llegó la superniña con varias hojas en blanco.

—¿Me puedes dar una mitad de limón y algunos fósforos?

—¿Fósforos? Tenga cuidado con quemarse, mire que son peligrosos.

—No te preocupes, no necesito encenderlos.

Le pasó un limón partido en dos y una caja. La niña se sentó a trabajar muy concentrada. Entonces entró su mamá.

—Buenas tardes, Begoña —dijo, y tiró las llaves del auto sobre el mesón.

—Buenas tardes, señora —respondió, limpiándose las manos en el delantal.

—Hola, Vero, ¿cómo estás? ¿Sacaste a Mandala al jardín?

—Sí, mamá, ya llevé a Glóbulo a hacer sus ejercicios —contestó sin levantarse de la mesa.

La señora se percató de sus trabajos manuales.

Pelusa 79

—Pero linda, ¿de dónde sacó esas hojas?

La niña respondió sin levantar la mirada.

—De tu impresora.

—¡Verónica! —exclamó y prendió un cigarrillo usando los fósforos de su hija—. ¿Por qué te metes en mis cosas? Esos son papeles especiales, muy caros.

—No lo sabía

—¿Por qué no usas el bloc que te traje de Inglaterra? —Es que no me sirve para esto.

—¿Cómo no te va a servir, si es lo mejor que existe? Qué daría cualquier niño de aquí por tener esa libreta.

La hija y la tutora se quedaron calladas. La dueña de casa le habló a Begoña.

—Yo voy a almorzar en mi escritorio. Al Pelado y a la Vero les sirves en el comedor, si fueras tan amable.



Pelusa 79

Viernes después de clases. El niño humano estaba tranquilamente haciendo sus tareas cuando de pronto:

—¡Mauricio, teléfono! —le avisó Josefina.

—¿Aló?

—¿Aló? Hola, soy Verónica la niña biónica. Descifré el secreto de los malosos. Debemos reunimos cuanto antes.

—Entonces, ¿voy para tu madriguera?

—No, estoy frente a tu casa, en la Plaza de los Chicos.

Mauricio salió corriendo y vio que la superniña tenía en su mano un extraordinario teléfono radiante.

—¿Tienes teléfono móvil?

—Sirve como teléfono móvil, pero es mucho más que eso. Es mi intercomunicador intergaláctico.

—¿Puedes llamar a otros planetas? —preguntó asombrado.—Por supuesto, es cosa de saber el código.

—¿Podemos hablar, por ejemplo, con Marte?

—¿Marte? Sí, claro. Me lo sé de memoria—dijo la superheroína, luego marcó muchos números, puso el intercomunicador sobre su oreja y esperó un momento—. Está ocupado —explicó.

Pelusa 79

—¿Todo Marte está ocupado? —Sí, es que estos marcianos son tan buenos para conversar, no cuelgan nunca.

Mauricio se sentó en un extremo del balancín de la plaza. La justiciera se puso en el otro.

—¿Podemos probar con Venus?

—No sé si alcanzamos, porque me quedan pocos minutos y tengo que hacer una llamada importante.

—Ah, bueno —contestó el niño, al mismo tiempo que subían y bajaban en el balancín.

La niña volvió a marcar, pero solamente unos cuantos números.

—¿Aló? Llamaba para confirmar una cita. Sí, esa misma. Claro, la tarjeta de invitación debe llegarle mañana y la sesión de belleza capilar es para el domingo temprano.

Mauricio la observó mientras hablaba. Con el movimiento del sube y baja su capa flameaba en el aire. Se veía realmente superheroica.

—Entonces, Verobiónica, ¿cuál es el secreto de los malos que descifraste?

La superniña se impulsó hacia arriba.

—Descubrí que el Hombre Almohadón no trabaja solo.

Ahora fue el niño estándar el que estiró sus piernas para quedar en la parte alta.

Pelusa 79

—¿Y con quién trabaja?

El vaivén dejó nuevamente a Verónica la niña biónica en las alturas.

—El Hombre Almohadón es aliado de la Mujer Pesadilla.

Mauricio frenó en seco. La heroína tuvo que sostenerse fuerte para no caer.

—¡La Mujer Pesadilla! ¡Qué nombre tan horroroso!

—Horripilante, ¿cierto? Es la malosa más maléfica que ha existido. El Hombre Almohadón es simplemente su súbdito. Ella hace cosas terribles.

—¿Qué cosas hace? —preguntó atemorizado.

La paladina acomodó su cartera y se ordenó el pelo.

—La Mujer Pesadilla viene en la noche y se esconde debajo de tu cama. Te toca los pies. Te amasa las orejas hasta dejarlas largas, como de burro. Después te rapta. Te agarra y te lleva volando hasta el lugar más solitario del mundo, el desierto de arena movediza. Allí te abandona. Si tratas de caminar, te hundes cada vez más.

El niño normal temblaba de miedo.

—¡Eso es terrible! ¡Es lo peor! —exclamó.

—Una verdadera pesadilla.

—¿Y el Hombre Almohadón es su súbdito?

Pelusa 79

—Prácticamente su esclavo. Se unen para ser más poderosos; de hecho, están casados.

—¿Casados? —preguntó Mauricio y se levantó un poco, de modo que quedaron los dos a la misma altura.

—Sí, están casados, pero se querían separar. Por eso vinieron a Superundo, para ver si con el aire campestre se arreglaban sus problemas. Y para hacer malosidades, por supuesto.

—Qué complicado es el mundo de los malosos.

—Un verdadero enredo.

—¿Y cómo podremos derrotarlos?

La superniña se bajó del balancín. Caminó hacia el niño campesino y le dijo al oído:

—Debemos encontrar su Cuartel nefasto.

Pelusa 79

Después de tantos días llenos de emoción, de tantos superdías, el sábado fue común y silvestre. Verónica la niña biónica no apareció por ningún lado. Mauricio jugó un partido de fútbol con sus compañeros de colegio, que ya habían olvidado lo de la ley del hielo. Calalo metió un gol de cabeza y Felipe atajó un penal. Ganaron tres a cero y volvieron a sus casas felices y transpirados.

En cambio, el domingo fue el día más superdotado, superpotente, superlativo y superior jamás visto.

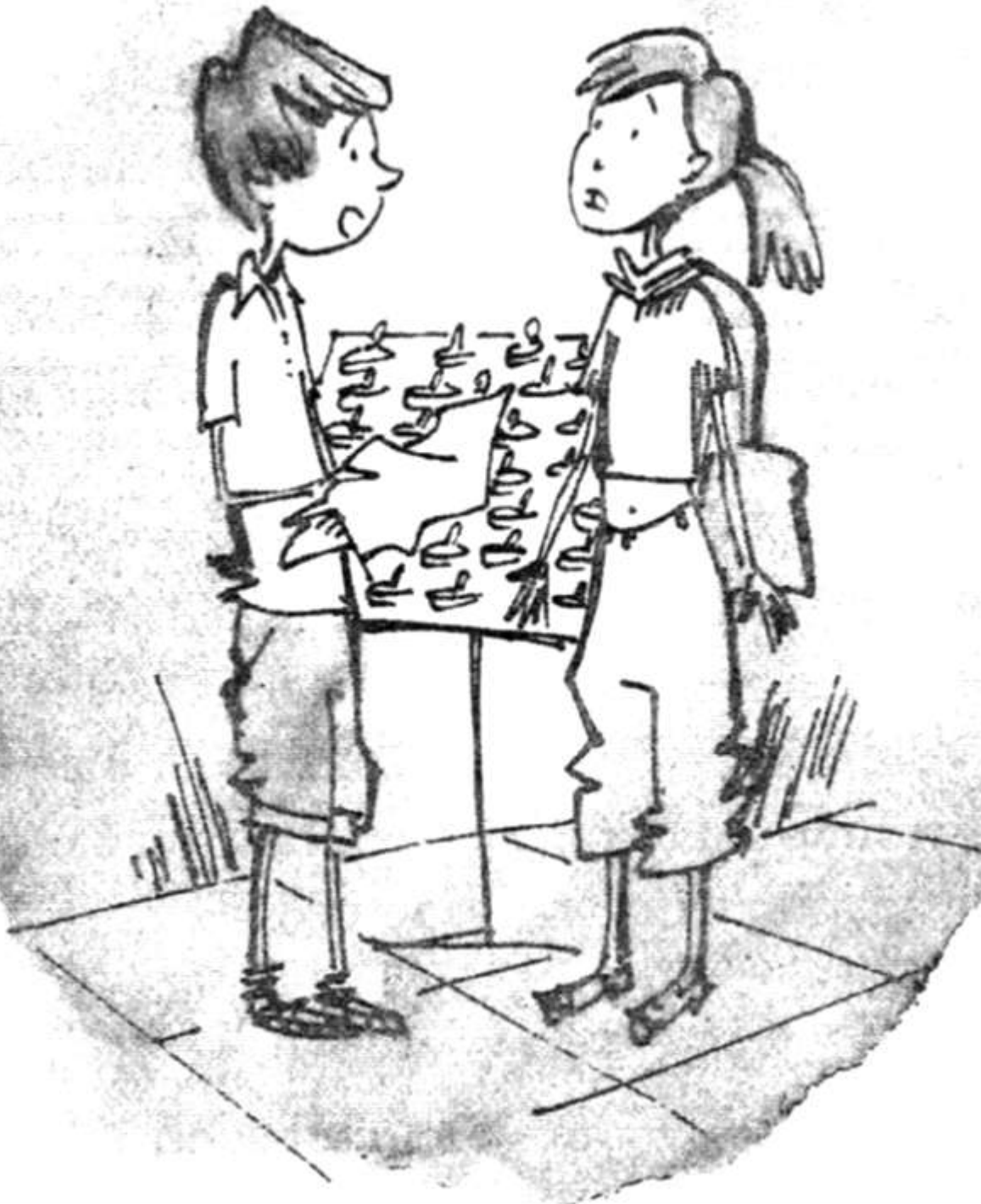
Todo comenzó en forma tranquila. Mauricio y su familia se vistieron, se peinaron y caminaron hasta la iglesia.

Al final de la misa, el padre dijo que había una noticia especial. El profesor Godoy se paró al frente y anunció que se casaba con Begoña dentro de una semana. Todos aplaudieron y los felicitaron. Al salir, el niño normal vio a la niña invencible sentada en la Plaza de los Chicos.

—¡Se van a casar el próximo domingo!

Ella sonrió.

—Sí, lo escuché desde la puerta.



Pelusa 79

—¿Y por qué no entraste?

—No sé, me dio vergüenza —respondió, y ambos se quedaron callados un instante—. Qué linda se ve Begoña, ¿cierto?

Mauricio miró a la radiante novia.

—Sí, supongo. Tiene el pelo diferente.

—Se ve preciosa, y se nota que está feliz.

—Oye Verobiónica, ¿quieres conocer la iglesia? Ahora está vacía.

Ella pensó un momento.

—Bueno, vamos.

Entraron en silencio. La luz de las ventanas iluminaba las bancas vacías. Al fondo se veía la figura de un santo con muchas velas encendidas a sus pies.

—Una vez yo fui a una iglesia —dijo la superniña.

—¿Una vez? —preguntó Mauricio, desconcertado.

—Sí, mi abuela me llevó. Era una iglesia linda, y tenía una casita de madera igual que ésa.

El niño observó lo que ella indicaba.

—Un confesionario —explicó.

—Eso, un confesionario. Yo tenía muchas ganas y abrí la puerta.

—¿Tenías ganas de confesarte?

—No, espera que siga con la historia. Tenía muchas ganas, abrí la puerta y me encontré con un

Pelusa 79

señor viejito sentado. No supe qué hacer, me puse nerviosa y le dije: «Perdón, yo pensé que este baño era el de mujeres».

—¿El baño de mujeres? ¿Cómo se te ocurrió eso?

—No te rías. Es que me confundí, no sabía. Además, ya te conté que estaba que me hacía.

—Bueno, está bien, en realidad no fue tu culpa.

El niño de Superundo seguía sonriendo y avanzaron hasta la imagen rodeada de velas. La niña de la ciudad no quitaba los ojos de las flamas bailarinas.

De pronto levantó la mirada.

—Detecto algo. Es muy intenso. Utilizaré mi Cintillo extrasensorial.

Caminó apresurada hasta el confesionario y se agachó a recoger algo. Luego volvió con un papel doblado en la mano.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Mauricio, impresionado.

—No lo sé, veamos.

Lo extendió y luego lo examinaron por los dos lados.

—No dice nada, está en blanco.

—Sí, qué raro. Mi Cintillo extrasensorial nunca me había fallado. En todo caso, aquí hay poca iluminación,

Pelusa 79

Mauricio tomó la hoja y la arrimó a la luz de las velas.

—No, no tiene nada escrito.

—Acércate más —sugirió la superniña.

El niño le hizo caso y aproximó el papel cada vez más cerca de las llamas. Ya creía que se iba a quemar cuando de pronto, gradualmente, surgieron unas líneas café.

—¡Algo está apareciendo! —exclamó con emoción.

Así fue. Al pasar la hoja muy cerca sobre las llamas se reveló un mapa. Era un plano de Superundo. Al norte del cerro Empanada había marcada una cruz, y al lado decía:

«Cuartel nefasto, hogar dulce hogar»

—¡Es el plano secreto de la Mujer Pesadilla y el Hombre Almohadón! —gritó Verónica la niña biónica—. ¡Hemos descubierto su ubicación furtiva! Sus días de fechorías están contados, los tenemos justo donde queríamos.

Pelusa 79



Bajo la noche oscura, tres niños cruzaron el misterioso bosque. El silencio era tétrico, apenas perturbado por sus pasos. Caminaban cubiertos con una manta, siguiendo las indicaciones del mapa secreto.

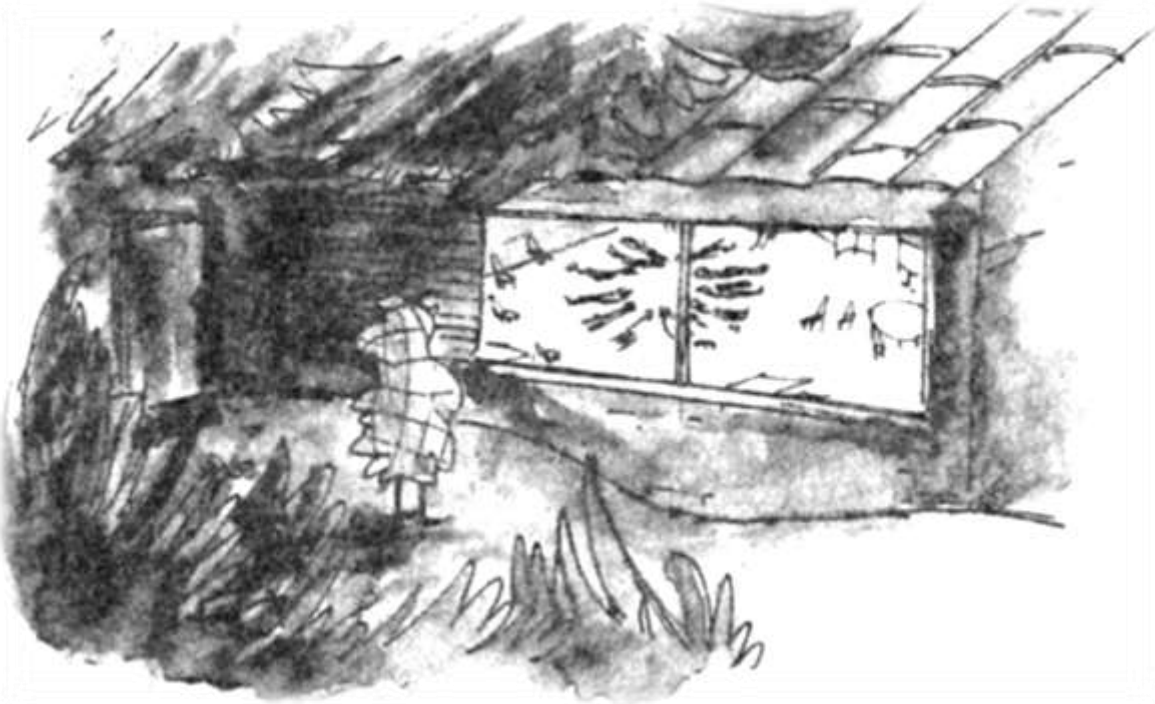
—Perdona que sea un chal común y corriente —dijo Mauricio—, no teníamos nada, cómo decirte, *superpoderoso*.

—No te preocupes, es óptimo —respondió la superheroína—. A veces, una buena frazada puede ser mejor incluso que la Vaporización repentina.

La más pequeña avanzaba en medio con los ojos muy abiertos, procurando no tropezarse con las raíces y piedras de la ruta.

—Veo una luz —susurró nerviosa.

A la distancia se levantaba una imponente construcción. Era magnífica y escalofriante al mismo



tiempo. De pronto, escucharon una pavorosa música que los dejó helados.

Sonaba como tristes lamentos, como un viento desconsolado, como si el lago sollozara.

—Helo ahí. El Cuartel nefasto —afirmó Verónica la niña biónica.

—Pero yo pensaba que era el nuevo Centro Turístico Ecológico —replicó Mauricio.

—Estos malosos están cada vez peores —respondió la superniña sosteniendo la cobija con una mano—. Ahora se hacen pasar por ecologistas para concretar sus planes malévolos.

Se acercaron escondidos hasta una ventana. Horrorizados, contemplaron el ritual que se efectuaba en un gran salón. Por lo menos veinte personas estaban acostadas sobre el suelo, formando un círculo. Tenían

Pelusa 79

sus cabezas en el centro y las piernas estiradas como rayos. Alrededor de ellos giraban dos siluetas, una de hombre y la otra de mujer.

—La-la Mujer Pe-Pesa, Pe-Pesa... — tartamudeó el niño.

—... dilla —completó la líder—. Ahí están mis archirrivaes. La antipática Mujer Pesadilla y su eterno secuaz, el vanidoso Hombre Almohadón. Al fin nos veremos las caras y sabrán quién es Verónica la niña biónica.

—Tengo miedo, tengo mucho miedo —dijo Josefina, y abrazó a su defensora.

—¿Y qué están haciendo? —preguntó Mauricio.

—Algo verdaderamente inhumano. Les están lavando el cerebro para convertirlos en zombis. Ahora confirmo que Superundo es el centro planetario de actividad paranormal.

—En verdad tengo mucho susto —insistió la pequeña.

—Está bien, Jose. Cúbrete con la manta protectora y vigílalos. Nosotros entraremos por esa puerta y los sorprenderemos en el acto. ¿Vamos, Mauricio?

—Bueno —contestó, resignado.

Ingresaron a lo que parecía ser la sala de máquinas, llena de tubos, manivelas e indicadores

Pelusa 79

digitales. Al medio había un estanque de varios metros de altura. A un costado estaba una bodega repleta de botellas, frascos y envases. Se sentía un fuerte olor a detergente y perfume.

—¿Acaso querían lavarle el cerebro a esas pobres personas? —dijo la superhéroe—. ¡Ahora tendrán una probada de su propia medicina! ¡Una buena limpieza! Ven, Mauricio, ayúdame.

—Sí, dime qué hago.

—Yo treparé por la escala de este estanque y tú me lanzas los productos de belleza que hay en esa despensa.

El niño entró a la bodega. Efectivamente eran artículos de belleza: jabones, champús y todo tipo de cremas. Salió con un montón y observó que la superescaladora ya estaba encaramada arriba. Uno a uno le fue arrojando los recipientes. Ella los destapaba y vertía el contenido dentro del estanque. Pronto, el armatoste comenzó a burbujear y a botar espuma por la compuerta, como si fuera un enorme robot cepillándose los dientes.

—¡Estamos listos! —exclamó Verónica la niña biónica y se deslizó escalera abajo, igual que una bombera.

Al llegar al suelo se ordenó el pelo que tenía sobre la frente y quitó los restos de espuma de su capa.

Pelusa 79

—¿Y ahora qué? —preguntó, ansioso, el humano—Esta etapa de la misión debes llevarla a cabo tú —sentenció y lo miró directo a los ojos—. ¿Ves ese



Pelusa 79

artefacto en el techo? Es un detector de humo. Toma, aquí hay una caja de fósforos. Debes subirte a esa mesa y prender uno justo debajo del sensor. Yo no puedo porque le prometí a Begoña no encenderlos.

—¿Y qué va a pasar, Verobiónica?

—Saldrá un chorro de agua a toda potencia.

—Pero entonces me voy a empapar.

—Bueno, un poco. Por eso debes salir corriendo lo antes posible. Piensa en las personas que salvarás. Serás un verdadero héroe.

Mauricio tomó la decisión. Se subió a la mesa y abrió la caja. Sus manos le tiritaban. Sentía frío, a pesar que el aire era tibio y húmedo. Raspó un fósforo, pero nada ocurrió. Lo rozó contra la lija varias veces más, sin éxito. Intentó con más fuerza, pero sólo consiguió quebrarlo. Su corazón latía alterado. Sacó otro palito, respiró profundo.

—Fsss —sonó el fósforo y una frágil llama apareció en su punta.

Acercó el fuego al detector, y mucho antes de lo que él esperaba., —¡¡Chhhhhhü!

Una poderosa ducha chocó contra su cabeza. Tan rápido como pudo saltó de la mesa y escapó del lugar, resbalándose sobre los azulejos jabonosos.

—¡Corre, hermano, corre!

Afuera lo esperaban las dos niñas.

Pelusa 79

Se asomaron por la ventana y observaron asombrados una babosa lluvia de espuma caer encima de los zombis y de los dos villanos.

—¡Triunfamos! Tu plan fue un éxito, Verobiónica —dijo Mauricio limpiándose las burbujas de la cara.

—¡Viva, hurra, yupi! ¡Les ganamos! —gritó Josefina saltando de alegría.

Su celebración fue demasiado estridente, porque los dos remojados matosos los miraron directamente.

—¡Verónica! —exclamó la Mujer Pesadilla.

Se deslizó hasta la puerta, mientras los zombis se estrellaban contra el suelo al tratar de ponerse de pie.

—¡Verónica, esto ya es demasiado! ¡Te pasaste de la raya! ¡Has colmado mi paciencia!

Mauricio observó el rostro furioso de la mujer, y se percató con espanto que era la mamá de la superniña. Luego apareció el hombre, que de almohadón no tenía nada, porque era simplemente el padre de la paladina.

—¿Qué significa esto, hija? —preguntó, al tiempo que quitaba parte del potingue de su calva—. Nosotros pensamos que venir al campo te tranquilizaría.

Pelusa 79

—¡Estoy tranquila! ¡Déjenme tranquila! — exclamó y se puso a llorar.

Los dos hermanos estaban consternados. Josefina, inmóvil como una estatua, con la boca abierta de impresión. Mauricio, con una gran tristeza. Nunca había visto a un superhéroe llorar. Pero lo que realmente le daba pena era ver llorar a Verónica la niña biónica.

—Pelado, llévatela a la casa mientras yo le doy las explicaciones a los pacientes —ordenó la señora.

—¡No quiero! ¡Van a tener que llevarme arrastrando! —gritó la hija y le tomó la mano a Mauricio.

—Hija —dijo el padre—, no opongas resistencia. Es lo mejor para ti, no empeores las cosas.

La angustiada superniña miró a Josefina y a Mauricio.

—No se preocupen, todo va a estar bien.

—Pero no entiendo nada, Verobiónica —dijo su compañero de aventuras.

—Yo te explicaré —dijo y le puso la mano suavemente sobre la mejilla. Tenía los ojos llorosos y la mirada triste—. Perdóname. Te quiero mucho.

El papá la llevó hasta la camioneta todo terreno. Intentó tomarla de la mano, pero ella sacudió el brazo para soltarse. Se subieron, el señor pelado arrancó el motor, encendió las luces y se fueron. Los dos

Pelusa 79

hermanos quedaron parados bajo las sombras del bosque. Se cubrieron con la manta y volvieron hasta su casa sin decir una sola palabra.



¿O no?



Mauricio jamás pensó que las cosas podrían empeorar.

No puso atención en la clase del apasionado profesor Godoy, no conversó con Felipe ni con Calalo. Ni siquiera tuvo el más mínimo interés en mirar a Silviana con su trenza y su pulsera roja. Pero ella sí lo miró a él. Lo miró con desprecio y antipatía.

—¿Vamos a jugar una pichanga? —lo convidó Calalo.

—No, gracias, no tengo ganas. —Pero vamos, qué te cuesta. Nos va a faltar uno si no vas —agregó Felipe.

No alcanzó a responder cuando Silviana irrumpió indignada, junto a Jazmina y un séquito de niñas odiosas.

—Aquí está el amigo de la farsante

—proclamó.

Los amigos de Mauricio lo miraron extrañados.

—Sí —dijo Jazmina—, la farsante y mentirosa.

—Es la mayor embustera que ha llegado a Superundo —agregó Silviana—. Y sus papás también son unos estafadores.

Pelusa 79

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó molesto el atacado.

—¿Qué me pasa? —dijo la guapa, y luego sonrió ante su público—. Mejor pregúntale qué le pasa a la loca de tu amiga, que se cree superhéroe.

Las niñas rieron burlándose. Luego arremetió Jazmina:

—Y pregúntate a ti mismo por qué eres tan tonto de creerle sus mentiras.

—¿Y yo qué hice?

—Yo qué hice —lo remedó Silviana—. Anoche, mis papás fueron a una sesión de relajamiento en el Centro Ecológico y éste con esa ridícula le echaron jabón a los regadores contra incendio. Los empaparon a todos, y más encima mi mamá es alérgica al jabón.

—Qué señora tan cochina —le susurró Felipe a Calalo.

La enfurecida niña no escuchó la broma y siguió con su rabieta.

—La mamá de la niña loca les contó a mis papás que la han expulsado de no sé cuántos colegios. Que siempre deja la escoba, por eso tiene una profesora particular, a la que le pagan por aguantarla. ¿O no, Mauricio?

—No sé de qué estás hablando —respondió mirando el suelo.

Pelusa 79

—No te hagas el despistado, porque no te resulta. Aunque en realidad, tienes que ser muy



aturdido para creerle que tiene *superpoderes*.

La carcajada de sarcasmo fue generalizada. Silviana prosiguió con la mofa, sin piedad.

Pelusa 79

—Además, la mamá de la *superamiga* de Mauricio fue la que hizo el Centro Turístico, que le quedó igual de horrible que su casa. Mis papás dijeron que son las construcciones más feas que han visto en sus vidas. La Mansión siniestra... ¿O no, Mauricio?

El se quedó en silencio, rojo de vergüenza. Jazmina fue aún más lejos.

—Y este ganso está enamorado de ella, ¿o no, Mauricito tontito?

El niño sentía su cara ardiendo de angustia y rabia.

—¿O no? —preguntó Silviana, cada vez más incisiva—. ¿O no?

Mauricio levantó la cabeza. Tenía la boca seca y respiraba con dificultad.

—Yo no quiero saber nada de esa niña rara. Es una mentirosa y no me interesa. Ahora permiso, porque me voy a clases.

—Pero si aún queda recreo —dijo Calalo—. Todavía podemos jugar el partido.

No escuchó ese llamado. Tampoco quiso oír el barullo de abucheos y risas de la multitud. Entró a la sala, se sentó en su banco y contempló sus lágrimas goteando sobre la mesa.



-- **H**ijo, ya Faltaste la semana pasada, no quiero que bajes tus notas. Siempre te ha ido tan bien.

—Por favor, mamá —suplicó Mauricio.

—Te veo muy nervioso, estoy preocupada. ¿Qué es lo que te angustia tanto?

Él dejó su mochila en el suelo y se sentó al lado de su madre, mientras ella remendaba calcetines. Tomó aire y, en el silencio dé la tarde cálida, le contó todo. Ella escuchó atenta. Al terminar el relato enrolló el resto de hilo en el carrete, pinchó la aguja en la almohadilla y guardó todo en el costurero.

—¿Quieres saber mi opinión?

—Sí, mamá.

—Yo pienso que ella es una buena niña. Tiene mucha imaginación, igual que tú. De pronto se le confunde la realidad con la fantasía. Eso no la convierte en una mentirosa.

Pelusa 79

—Pero me hizo quedar en ridículo con mis compañeros. Yo, a la Silviana le encuentro razón para estar enojada. Primero la aplastamos con un colchón y después dejamos a sus papás como sopa.

—Mauricio, si tú eres su amigo debes apoyarla, no darle la espalda. No te dejes llevar por lo que dice la gente. Si tienes dudas, habla con ella y pregúntale todo.

—No sé...

—¿Quieres faltar al colegio mañana? Yo te doy permiso, con la condición que vayas temprano a su casa y conversen para aclarar el problema. No se puede perder una bonita amistad por culpa de un malentendido.

El hundió su cabeza en el delantal de su madre. Le habría gustado quedarse ahí para siempre, abrazándola. Quería volver a ser chico y que ella lo cuidara y le hiciera cariño todo el tiempo. Pero ya era un niño grande.

Aquella noche apenas durmió. Sentía desesperación en las piernas, se movían solas de puro nervio.

A la mañana siguiente tocó el timbre en la moderna casa del cerro Empanada.

—Buenos días, Begoña.

—Buenos días, mijito. Pase a la pieza de la señorita, porque ella no se ha levantado todavía.

Pelusa 79

Abrió la puerta del dormitorio. Ella estaba sentada sobre su cama, aún en pijama. Al verlo dio un salto, se le acercó, lo tomó del brazo, lo llevó a sentarse y le dijo:

—Es una situación de alerta máxima. La Mujer Pesadilla, ¡mi propia madre! Y el Hombre Almohadón, ¡mi propio padre! —exclamó y luego pensó un segundo—. Yo sabía que una vez ocurrió que el papá de un héroe era un maloso, pero eso fue hace mucho, mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana.

—Yo no vine a hablar de eso, Verónica.

—¿No? —preguntó sorprendida—. ¿Ocurre algo? ¿Y por qué me dices así?

—¿Así cómo?

—Verónica y no Verobiónica.

—Porque ése es tu nombre, Verónica. Así te pusieron tus papás, que no son ni almohadones ni pesadillas, ni nada parecido.

Ella quedó helada como una estatua.

—No te entiendo. ¿Por qué este cambio de actitud?

—Porque Silviana te desenmascaró —dijo molesto.

—¿Desenmascararme? Pero si yo nunca he usado máscara. Hay otros superhéroes que la usan, pero no es mi estilo. A mí me encanta la brillantina.

Pelusa 79

—¡Basta! —gritó y se puso de pie—. Tú sabes a lo que me refiero. ¿Por qué insistes en inventar cosas?

—Yo no he inventado nada, Mauricio.

—Cómo que no. ¿Y el mapa del Cuartel nefasto? Anoche pasé horas pensando en las cosas que me has dicho y cómo te las arreglaste para que parecieran ciertas.

Ella se puso de pie y frunció las cejas.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que el mapa era falso?

—¡Por supuesto que era falso, si tú lo hiciste! Antes fui muy ingenuo, pero ahora veo la realidad. En la iglesia pasamos por el confesionario, tú te devolviste y justo ahí apareció el mapa. Después me dijiste que lo acercara a las velas para que se marcaran las líneas invisibles, que yo sé que se puede hacer con jugo de limón. Para más remate, el plano apenas se entendía y tú supiste perfectamente por dónde ir en el bosque.

—Es que tengo buena intuición.

—¡Nada de intuición, ni de cintillos mágicos! Sabías de memoria el camino porque tus papás trabajan ahí. Por favor, no me sigas mintiendo.

—Yo no te he mentado, Mauricio —dijo ella con la cara muy triste.

Pelusa 79

—Por supuesto que me has mentido, ha sido una mentira tras otra. Y yo, el idiota, te las he creído todas. Hasta la del teléfono para hablar con los marcianos.

—¿Por qué me hablas así? —dijo ella casi llorando—. Yo no te engañaría nunca, porque te quiero.

Él también tenía ganas de llorar, pero su rabia estaba fuera de control y ya no medía sus palabras.

—Yo no te quiero —le dijo mirándola a los ojos antes de irse—. Y no quiero saber nada más de ti, porque eres una mentirosa.



Mauricio pedaleó a la vuelta de la rueda hasta el río Porrazo. Se bajó de su bicicleta azul y caminó hasta la mitad del puente colgante. Allí se detuvo varios minutos a contemplar el lago, que brillaba como una bandeja de plata al calor del mediodía. Cruzó hasta el Pulpo y se sentó sobre el pasto. Aquel era su lugar más favorito en el mundo, pero ahora no podía disfrutarlo. Estaba demasiado triste.

Observó los dos columpios afirmados de la rama. Lentamente se levantó y se sentó sobre el suyo. Se echó vuelo con las piernas y se balanceó un poco, hasta quedar quieto nuevamente. Respiró hondo y bajó la cabeza. Pensaba en todas las aventuras que había vivido desde que conoció a aquella niña tan misteriosa y saltarina que cazaba ranas. Pensó en su capa radiante, en sus ideas locas, en sus ojos sonrientes.

Levantó la mirada y se impulsó nuevamente. Sostuvo firmes las cuerdas y tomó mayor ímpetu.

Pelusa 79

Sentía el viento en su cara cada vez más rápido. Se columpiaba a mayor velocidad de lo que nunca había hecho. El corazón le latía a toda máquina.

Entonces saltó, y todo le pareció en cámara lenta. Voló por los aires, dio una vuelta completa y cayó en un clavado perfecto sobre el agua. Había logrado realizar la Voltereta fabulosa.

Salió del río gritando de felicidad. Chapoteaba y celebraba. No le importó quedar con la ropa empapada. Daba saltos de alegría y levantaba los brazos en señal de victoria.

—¡Lo logré, soy un astro! ¡Va a estar tan contenta cuando le cuente!

Al decir eso se quedó inmóvil. Recordó que con Verónica la niña biónica estaban peleados y un nudo le



Pelusa 79

apretó la garganta. Quería correr a relatarle su triunfo, pero no podía. La había tratado de mentirosa.

Con una inmensa amargura en el pecho tomó su bicicleta apoyada en el tronco. Decidió volver a su casa despacio, entero mojado, dejando un hilo de agua sobre el camino de tierra. Avanzó bajo los enormes árboles arqueados del Túnel del tiempo. Una suave brisa los hacía crujir a su paso. De pronto sintió la sangre helada. Todo se veía normal, pero advertía una presencia aterradora. Miró a su espalda y entonces lo vio. Era el fatídico Perro Gorilón, que corría furibundo hacia él.

Tuvo pánico y pedaleó con toda su fuerza. Por más que trataba de escapar, era imposible, el siniestro animal galopaba como un huracán y ya estaba bajo sus talones. Levantó las piernas para que no le mordiera los tobillos, pero sabía que, de ese modo, su vehículo se detendría y quedaría a merced de tamaña fiera. Estaba todo perdido, sería atacado por la bestia. Entonces ocurrió un suceso fenomenal. De entre las ramas apareció Glóbulo, el perro atómico, y le mordió la cola al Perro Gorilón. El monstruo se dio vuelta indignado y cargó en contra del pequeño cachorro. Justo cuando se lo iba a tragar, un sonido punzante y supersónico reventó el ambiente. Era Verónica la niña biónica y su espectacular chillido. El malvado perro se

Pelusa 79

agachó y trató de taparse las orejas. Luego aulló como un mocoso y se dio a la fuga, el muy cobarde.

La unión hace la fuerza



-- ¡Me salvaron! Ese Perro Gorilón me quería comer. ¿Cómo puedo agradecerles? Son unos verdaderos héroes.

Avanzó bajo los enormes árboles arqueados del Túnel del tiempo. Una suave brisa los hacía crujir a su paso. De pronto sintió la sangre helada. Todo se veía normal, pero advertía una presencia aterradora. Miró a su espalda y entonces lo vio. Era el fatídico Perro Gorilón, que corría furibundo hacia él.

Tuvo pánico y pedaleó con toda su fuerza. Por más que trataba de escapar, era imposible, el siniestro animal galopaba como un huracán y ya estaba bajo sus talones. Levantó las piernas para que no le mordiera los tobillos, pero sabía que, de ese modo, su vehículo se detendría y quedaría a merced de tamaña fiera. Estaba todo perdido, sería atacado por la bestia.

Pelusa 79

Entonces ocurrió un suceso fenomenal. De entre las ramas apareció Glóbulo, el perro atómico, y le mordió la cola al Perro Gorilón. El monstruo se dio vuelta indignado y cargó en contra del pequeño cachorro. Justo cuando se lo iba a tragar, un sonido punzante y supersónico reventó el ambiente. Era Verónica la niña biónica y su espectacular chillido. El malvado perro se agachó y trató de taparse las orejas. Luego aulló como un mocoso y se dio a la fuga, el muy cobarde.

—Tranquilo, está todo bien. Glóbulo se lleva el mérito, fue muy valiente —dijo y tomó a su mascota en brazos—. ¿Cierto, mi niño regalón y valeroso?

Mauricio observó a Verónica la niña biónica.

—¿Y esas zapatillas rojas? ¿Tienen súper?

—No —respondió—, me las puse para correr más rápido, porque las chalas siempre se me salen.

—¿Y tu capa?

—Ya no la tengo.

—¿Y cómo supiste que estaba en peligro?
¿Usaste tu Cintillo extrasensorial?

—No, Mauricio, nada de eso.

—Pero, entonces, ¿acaso renunciaste? ¿Te vas a retirar de superhéroe?

Ella se sentó sobre el pasto apoyada en un árbol y acarició a su Shar-Pei albino.

—No me retiré —dijo y levantó la mirada—. Tú tenías razón, todos tienen razón. Yo no soy una

Pelusa 79

superhéroe. No tengo ningún poder sobrenatural, ni siquiera tengo algún talento. Simplemente estoy un poco chiflada, pero nada más. Lo que me dijiste era cierto. Soy una mentirosa.

—No es así, tú eres increíble, Vero- biónica.

Ella tenía lágrimas en los ojos.

—Soy una estafa, una farsa, una patraña.

—No, no y no. Eres fabulosa —dijo y se puso arrodillado al frente de ella.

—Mauricio —lo miró a los ojos—, tú eres tan bueno, y yo te engañé. La cola fría, el colchón, el cintillo... todo mentira —se secó las lágrimas—. Silviana tenía razón, soy una niña loca y mentirosa. Y por eso nadie me quiere, ni siquiera mis papás, ni siquiera tú.

—Silviana no tiene idea, además no me importa lo que diga —le hizo cariño en el pelo—. Vero, tú eres la niña más fantástica que he conocido. Puede ser que no tengas superpoderes, pero para mí eres una verdadera superniña.

Pelusa 79

El tiempo parecía haber parado en seco, Glóbulo descansaba agotado y sus caras estaban cada vez más cerca.

—¿Me perdonas? —preguntó ella.

—Por supuesto que sí. Soy yo el que te debo una disculpa por las cosas feas que te dije. Me perdonas tú a mí?

—Sí.

Mauricio le tomó la mano, ella lo miró nerviosa.

—Vero, cuando no estoy contigo tengo ganas de verte todo el rato —dijo y tomó aire—. Y cuando sí estoy contigo...

—Cuando estás conmigo, ¿qué? —preguntó en un susurro.

Entonces él cerró los ojos, estiró los labios y se dieron un beso en la boca. Su primer beso.

El matrimonio se celebró el domingo a las doce del día. Todos en el apacible pueblo de Superundo fueron invitados. Algunos llegaron a pie, otros a caballo. Una moderna camioneta todo terreno se estacionó en la Plaza de los Chicos. Al abrirse la puerta trasera apareció Glóbulo de un salto y corrió hacia Mauricio para moverle la cola. Detrás de él llegó

Pelusa 79

Verónica la niña biónica, con un precioso vestido azul y zapatillas rojas.

—Hola, qué linda te ves.

—Gracias —respondió sonriente—. Tú también estás muy buenmozo. Te ves bonito con chaqueta y corbata.

Se tomaron de la mano. El no pudo evitar mirar de reojo a sus padres, que venían más atrás. Conversaban alegremente con los papás de la superniña. Sólo su hermana Josefina los observaba, con cara de inmensa felicidad, mientras colgaba de la pollera de su mamá.

Caminaron hasta la puerta de la iglesia y saludaron al profesor Godoy, que en esta ocasión no tenía puesta su típica chaqueta descosida, ni tampoco la de cotelé café claro. Lucía un elegante traje azul muy oscuro, unos zapatos negros relucientes y el nudo de su corbata estaba perfecto. Mauricio se emocionó al ver a su maestro tan contento.

—Felicidades, profesor —le dijo.

—¡Muchas gracias! —le respondió, sacudiéndole la mano de arriba a abajo—. Y gracias por venir. Pasen, pasen, ya está todo listo.

La iglesia estaba repleta. Al pasar por el lado del confesionario se miraron con una sonrisa cómplice. Divisaron a Felipe con Calalo y se sentaron junto a ellos. Los dos inseparables amigos también se habían

Pelusa 79

arreglado para el magno evento. Calalo tenía puesta una corbata de humita y Felipe una de su papá, que le llegaba hasta las rodillas.

En ese momento entró la novia. Su vestido era tan blanco como las flores que adornaban la parroquia. El coro del pueblo entonó una canción especialmente ensayada. Todos se pusieron de pie y sonrieron.

—¡Qué emoción! —le dijo Verónica la niña biónica al oído—. Se ve como una princesa de cuento.

Mauricio la observó en detalle y estuvo de acuerdo. Realmente se veía de lo mejor. El padre de Begoña la llevaba del brazo y avanzaron pausadamente hacia el altar. Los siguió con la mirada, pero sus ojos se detuvieron abruptamente al ver a dos niñas paradas más adelante. Eran Silviana y Jazmina. No se preocupó de Jazmina, que masticaba chicle con la boca abierta y miraba para cualquier lado, sino que de la bonita del curso, la del diario de vida misterioso, la de la trenza y la pulsera. Ella lo miró directo a los ojos. No se veía enojada; al contrario, parecía estar coqueteándole. Él la contempló entera, del pelo a los zapatos. Se veía bien. Se veía muy bien. Entonces miró a Verónica la niña biónica. Era preciosa. Era la más preciosa de todo el mundo. Era superpreciosa.

—¿Vero, me das un beso? —le propuso.

—Claro —dijo sonriendo y le dio uno en la mejilla.

Pelusa 79

—¿Así nomás? —dijo Mauricio y suavemente le tomó la mano.

Ella se puso contenta y nerviosa.

—Y yo que pensaba que tú eras el tímido y yo la fresca.

—Para que veas que también tengo mis... súper.

Entonces, en el ahora y siempre pacífico pueblo de Superundo, libre de villanos y habitado solamente por gente buena, se dieron su beso número nueve, del total de un millón setecientos veintitrés mil trescientos once que se darían el resto de sus vidas.

Pelusa 79

